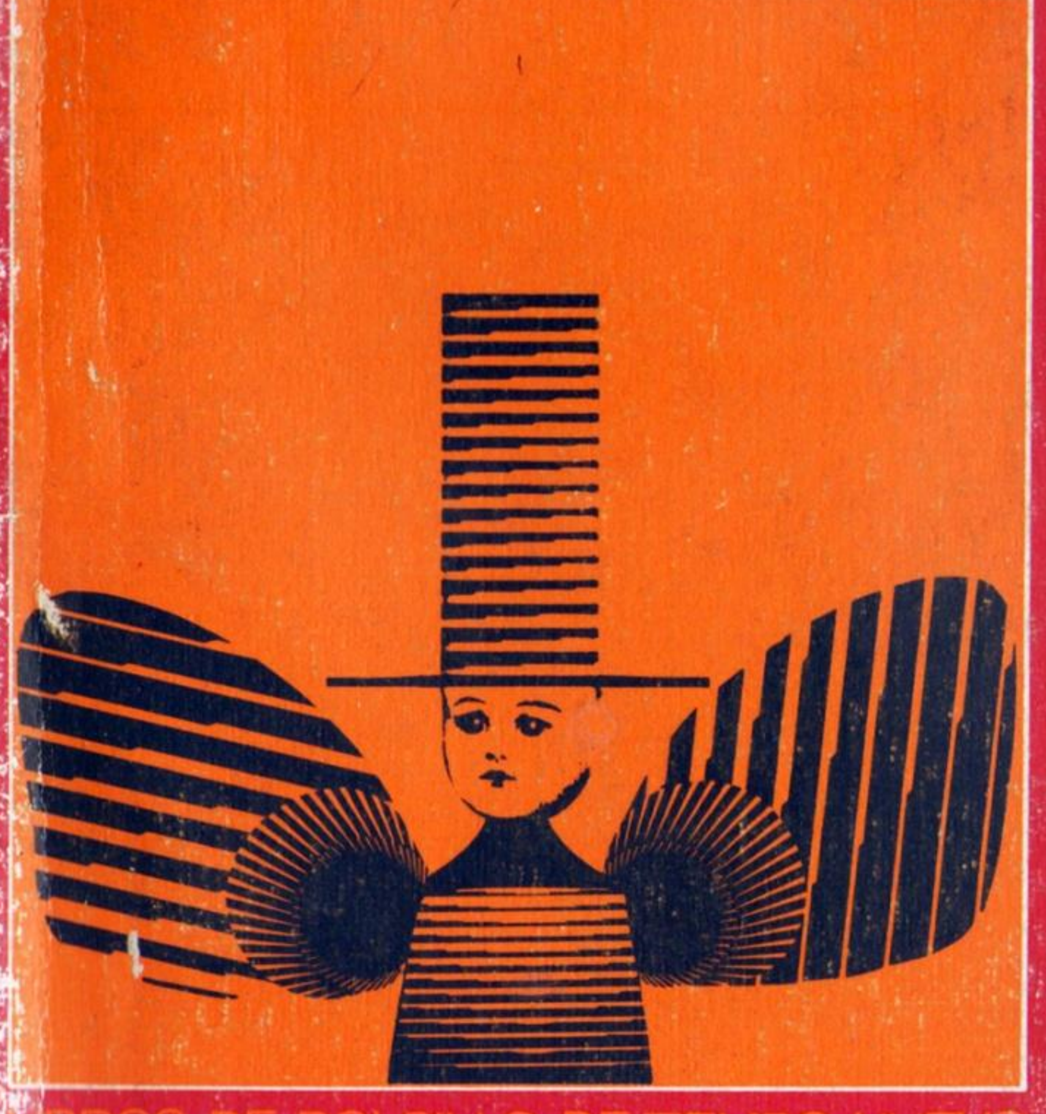
DIFUNTOS, EXTRAÑOS Y VOLATILES

SALVADOR GARMENDIA



LIBROS DE BOLSILLO DE TIEMPO NUEVO

DIFUNTOS, EXTRAÑOS Y VOLÁTILES

SALVADOR GARMENDIA

En el breve lapso de una década, con sólo cinco títulos en su haber – **Los Pequeños Seres** (1959), **Los Habitantes** (1961), **Día de Ceniza** (1963-64), **Doble Fondo** (1966) **y La Mala Vida** (1969) –, Salvador Garmendia (n. 1928) se ha convertido en el primer narrador venezolano de su generación y en uno de los más representativos de toda Hispanoamérica. Integrado por veintidós relatos cortos, el presente volumen es – gracias a la riqueza de sus perspectivas, sobre todo por su índole miscelánea – culminación y clave de su obra anterior, a la vez que representa el primer logro cabal de un reciente proceso de acendramiento y plenitud de sus dones expresivos. Funámbulos, trágicos o grotescos, estos **difuntos, extraños y volátiles** son emblemas de los ascensos y descensos de la afectividad, engendros de obsesiones, propósitos, deseos y recuerdos, prodigios o exploraciones oníricas o imaginarias, a veces contorsiones del humor negro. De extraordinarias aptitudes para la estricta consagración documental del espectáculo cotidiano, Garmendia suele deliberadamente acentuar la tensión poética de su estructura, enrarecer la atmósfera, concentrar su registro visionario, macerar las palabras – "palabras con sabor, con tacto, con emanaciones y asperezas" –, exasperar el gesto y el pormenor, o abandonarse a esa "desesperada sintaxis urbana que (se ha) acostumbrado a leer sin desconcierto", hasta transfigurar los hechos, personajes y situaciones de sus relatos, hasta volverlos simbólicos, absurdos casi irreales.



EDITORIAL TIEMPO NUEVO S. A.

SALVADOR GARMENDIA

DIFUNTOS, EXTRAÑOS Y VOLÁTILES

Cuentos


EDITORIAL TIEMPO NUEVO s.a.

Caracas / Venezuela

Portada / Víctor Viano

Impreso en Venezuela por Editorial Arte

Para Amanda
y mis hijos.

EL VIAJE

ADVIERTO a todos que no soy un maniático.

Es cierto que, recuerdo, cuando era seguramente muy niño, había adquirido la fácil costumbre de desaparecer. Quiero decir, que me hacía el invisible sin importarme, creo, que los demás se dieran o no cuenta del suceso. Siempre había por delante una puerta, un espacio claro, abierto, que era necesario atravesar —eran puertas altas y angostas— con la seguridad de quedar imantado por el fluido que ocupaba por completo la delgada capa de aire blanco detenido en el marco. Al salir al otro lado, ya estaba listo. Como era invisible, sentía —me embriagaba hasta el miedo— una beatitud radiante que salía de mi piel, y en cuanto se me iba a la cabeza, oscilaba entre el sueño y el llanto.

Las cosas más comunes, los viejos muebles de esterilla, el lomo de un pretil, todo lo que no fuera gente, perdían el miedo y me permitían acercarme de veras a ellas, tocarlas casi como un pecado, como si fueran mi propio cuerpo. Entraba en ellas como en grandes lugares sin ruido, donde uno podía quedarse dormido.

Pero no soy un maniático. Hago bien mi trabajo y soy puntual. Ahora, que si paso la hoja del libro mayor —siempre delante el verde mate del trozo de pared— y por casualidad encuentro la cuerda a mi alcance, no pierdo tiempo y empiezo a deslizarme. El descenso es rápido, mucho más de lo que yo

deseara y siempre irrefrenable; mis manos corren por la cuerda sin lastimarse lo más mínimo, hasta que el último trozo de soga escapa a lo largo de mi cuerpo, me pasa por en medio de los ojos y se va. Horrorizado, caigo en el vacío. Voy a morir y una angustia sin lucha me congela. En ese momento soy un grito; sin embargo, mi cuerpo reaparece, la calma vuelve a mis sentidos y fácilmente logro estabilizarme. Entonces floto y siento cada una de mis partes y toda mi cáscara: los zapatos, mi corbata, el cinturón. Voy sin prisa, aunque no demasiado lento; una brisa de campo me riza por los flancos; puedo enlazar, también, los dedos debajo de la nuca.

Sin embargo, ocurre que el viaje se prolonga y la pena empieza a ganarme desde adentro, como si sintiera piedad de mí mismo y me doliera el no haberme al menos despedido; entonces provoco el descenso: reúno todas mis fuerzas a fin de obtener una caída lenta, un suave aterrizaje. Lo logro, llego a tierra preparado para un largo reposo, y mientras, mientras, mientras —el trozo de pared se condensa— descanso en un prado de hierba, descanso en un prado de descanso, en un descanso en descanso des d

La hoja (del libro mayor) termina de caer humildemente.

DIFUNTOS Y VOLATILES

NO HAY que tenerles miedo a los muertos —decía mi tía Hildegardis, y me golpeaba el coco con su uña larga, toda verde, que parecía bañada de esperma. (Como era encuadernadora olía a tarro de cola y a simiricuiri y tenía las manos de cuero viejo, engrudadas; de lejos, con su giba, parecía un hombrecito agachado). Pero yo sabía que al entrar al cuarto empezaría a volverse humo; el humo negro y fuerte le salía por debajo del camisón, por las orejas y le llenaba el pelo.

Ella sabía ocultarlo a los demás; aunque no sé por qué conmigo se confiaba menos de lo prudente en estos casos, hasta el punto de hacerme creer que su aparente descuido era intencional: si andaba debajo del mesón del taller reuniendo recortes de papel lustrillo, le miraba los pies colgando del travesaño de la silla, tan pequeños en sus chancletas de cocuiza, abrigados por unas medias de lana mohosas; me acercaba hasta tocarlos con la respiración y veía desprenderse el humo de aquellas pelotas de trapo; un humito incipiente, descolorido, que flotaba sin fuerzas.

Gateando, pasaba por debajo de las camas. Nunca podría salir al otro extremo del túnel, aquel foso sin viento apretado de olores de gente, olores vivos y profundos como si entrara bajo los vestidos de los mayores y fuera hacia un lugar oscuro lleno de cosas descompuestas. Perdía fuerzas y un sueño

vaporoso me tendía boca abajo en los ladrillos, la mejilla en el polvo. Las voces de la gente sobresalían de un ruido muy lejano y perenne como el asiento o el ripio del mundo, que no tenía fin.

Unas caras sin vida, sin calor, de toda una familia desconocida que tenía poder sobre la casa, ocupaban los barrotes de las ventanas o asomaban con tristeza el entrecejo por encima del borde de las mesas. La niña Carmelita, cuando no buscaba cosas en las gavetas o caminaba por el patio, se iba a encerrar con llave en su cuarto. Los techos eran altos, de caballete. Trepado a la ventana, la miraba por un agujero. Ella ya no estaba en tierra: parecía una vela con su batola blanca, colgada del copetico, a mucha distancia del suelo. Así iba llegando la noche. Se oían chocar los cascos en el zaguán, y la esposa de mi tío, aquella mujer blanca y callada, salía a abrir el anteportón.

El caballo cruzaba el corredor saboreando un gran bocado de espuma, la mujer caminando detrás y mi tío encajado en la montura, un poco doblado para no tropezar en las viguetas. A veces volvía de la caballeriza con un grumo de telaraña en el pelo.

Comía en silencio, sin más nadie en la mesa, y ella lo observaba parada a su lado. Después los seguía hasta su cuarto y oía, pegado arriba en la ventana: primero hablaban muy bajito, a veces los dos al mismo tiempo, con un sonido ronco que se interrumpía. Sentía que se anudaban, no les oía la ropa, sus sonidos eran dobles y gruesos y el jergón de lona resonaba. Ella empezaba a quejarse suavecito, pero yo no podía saber más nada, porque me había soltado de la ventana y andaba por ahí, volando.

ANCIANAS

LA VIEJA más horrible que creí haber visto en mi vida, fue una ancianita de aspecto candoroso, toda menuda y de cabellos blancos, que parecía hecha a la medida de una minúscula ventana donde podía encontrarla en cada mediodía, al ir a mi trabajo.

La casa era, a su vez, una vivienda enana, pintada de blanco, con una puerta muy estrecha, aquella única ventana y un alero exiguo que empezaba a pudrirse. Desde la acera opuesta, del lado de la sombra, podía detallar a la vieja, según pensé, con toda precisión: era una de esas criaturas sin tiempo que sobreviven en un estado de dulce demencia. Sus ojos miraban al vacío y podía imaginar su cerebro blanco, restituido a una infancia sin miedos ni visiones.

En uno de tantos mediodías —usando acaso de una facultad de la mirada, capaz de traer al exterior vetas y caracteres de naturaleza más oculta que las apariencias superficiales de un objeto observado de paso en muchas ocasiones—, encontré en sus manos, que reposaban en el quicio puestas al sol, una tonalidad rojiza repugnante. Desde ese momento, la curva inesperada en que habían entrado mis últimas observaciones se agudizó hasta un extremo de ansiedad maniática. Descubrí, por ejemplo, que su rostro harinoso, al que debían faltarle algunos huesos, se movía dilatándose y encogiéndose gradualmente, en una operación

apenas perceptible que se producía de adentro hacia afuera, de mayor a menor, hasta disolverse en la superficie.

El día en que decidí pasar directamente frente a la ventana, ocurrió algo inesperado. Observé que la vieja se animaba toda con una casi crepitación anhelosa. Seguí la dirección de su dedo y me agaché a recoger una bola de estambre que me señalaba. En el acto, un dolor terrible me dejó paralizado, en cuclillas. Eran sus manos, sin duda, las que se habían aferrado a mis cabellos y apretaban con una fuerza realmente ponzoñosa y maligna que centuplicaba el dolor.

Por suerte, al día siguiente fue domingo, de modo que salí a dar una vuelta por la plaza. Las parejas y los grupos familiares que volvían de misa, propagaban un aire de ocio sano y confortante. Entonces vi venir a la vieja (realmente era ella entre millones), apoyada en el brazo de una criatura maravillosa, quizás una linda sobrina, un ser sin duda angelical. Para mayor sorpresa, la pareja hizo alto y ostensiblemente la vieja señaló en dirección a mí. El gesto iba dirigido a la muchacha y era una manera de decirle: "míralo, ése es", o algo parecido.

Por supuesto, no me atreví a moverme. Entonces ella llevó a la muchacha hasta un banco, la dejó allí sentada y se alejó. Apenas estuve a su lado, descubrí que era una figura de pasta, un maniquí perfecto, primorosamente conservado, que habría sido sacado pocas veces a la intemperie.

Los ojos alargados de la muñeca vibraron sin perder su fijeza, y en un movimiento entrecortado el cuello giró hasta hacer coincidir nuestros rostros. Fue como el último respiro del mecanismo. La rigidez final me dio a entender que había agotado en aquel gesto su postrer ración de energía.

El lunes fui puntual, como de costumbre, en la oficina. Me acerqué a la cabina de la recepcionista a fin de retirar mi correspondencia, y mientras ella revisaba la casilla, descubrí en aquel ser a una anciana como pocas había visto en mi vida. Al volverse me ofreció por entero su rostro cargado de

estigmas y señales que debían guardar, andando el tiempo, revelaciones más ocultas. Desde entonces, me invade el desgano cuando paso de nuevo frente a la pequeña casa en ruinas, un trasto olvidado de albañilería que ha dejado de esperar su muerte.

VUELOS Y COLISIONES

NO COMPRENDO cómo, hasta ahora, han podido omitir en las litografías de aeronáutica (hablo de zoológicos flotantes donde habitan tantas especies inofensivas y olvidadas: herbívoros gigantes, ballenas neumáticas a punto de parir, pólipos y grandes bulbos tatuados) al hombre del paraguas, el hombrecito volador con el paraguas negro; un paraguas doméstico desprendido de su elemento natural, con su pellejo tenso de ala de murciélago y su mango de concha, que renuncia demasiado pronto al intento de torcer y seguir hacia arriba, dejando esa cómoda curvatura donde se agarran mis dos manos durante el viaje.

Es un vuelo uniforme, terso y horizontal, desprovisto de toda gravidez, donde no existen la zozobra o el vértigo.

Observo esas viñetas de colores pálidos, donde reina un clima sin rigor, una estación de pura luz fría y transparente como la de los sueños, y al momento veo aparecer, por el extremo puntiagudo de un dirigible, al aeronauta vertical colgado de su pequeña nave. Entretanto, las lonas, los cordajes y las aspas se estremecen sacudidos por sus primeros hálitos de vida y el viento vibra haciendo crujir élitros y membranas. Toda la colonia se ha puesto en movimiento.

Iniciado el viaje, mi velocidad de travesía llega a ser superior a la del zeppelín, al que, sin embargo, tardo un buen rato en atravesar de punta a punta, manteniéndome siempre

un poco más arriba de la cabina, a la vista de la gran costura del vientre. Los pasajeros, bastante numerosos como de costumbre, permanecen rígidos, en estricto perfil. El viento respeta las cofias y los sombreros. Veo señoras de edad con cestos de mimbre como si volviesen del mercado; otras hacen calceta y algunos caballeros de altos cuellos leen el diario.

En verdad —ya rebasados la cabina y el último de los pasajeros, que es un niño con el aire de enano rubicundo de las postales que juega con un globo—, cruzo frente a una vasta comarca desierta, tal es el silencio que emana de esta bestia benigna. Su cerebro es una masa rudimentaria habituada a la más rutinaria simulación de vida. El gran cetáceo parece conformarse con su aburrida corpulencia. Su tiempo transcurre en una esfera enorme donde domina el blanco y en cuyas divisiones más estrechas cabría la vida entera de los biplanos y los autogiros. Como es de suponer, estos triciclos de las nubes, con sus cabezas descortezadas, trepidantes, me aventajan en velocidad.

El Montgolfier mayor, en cuya cesta de fibras cargada de tumoraciones colgantes viajan grupos de sabios portadores de anteojos, sextantes y cuadernos de bitácora, se abandona a bruscas aceleraciones, ascensos y caídas acrobáticas al antojo del viento. Es más bien un globo hembra. Pone huevos gelatinosos y genera toda una manada de hijastros que vuelan a distancia. Debo mantenerme alejado de sus cordajes, entre los cuales, fácilmente, podría quedar aprisionado.

Con alguna frecuencia ocurren colisiones que resultan tan silenciosas como incruentas: dos monoplanos se encuentran de frente; el impacto los parte, los resquebraja por completo y caen desparramados. Los hombrecitos descienden, convertidos a su vez en siluetas de cartón, en medio del flotante destrozo, cuyas últimas virutas no llegarán a tierra.

Otras naves pequeñas, que suelen desplazarse en formación, son atacadas por una violenta epidemia; el virus se propaga con rapidez a toda la flotilla. Los motores dejan de

toser casi a un mismo tiempo y uno tras otro los aparatos se vienen a tierra.

Son, en realidad, modelos diminutos, o al menos su tamaño viene a resultar el mismo —algo menos que una brazada— cuando los vimos remontando las alturas y ahora que rozan los tejados, meciéndose aturdidos en el viento, entre repentinas sacudidas.

Hace un rato que he debido abandonar las alturas, o quizás me halle en mitad de otro sueño donde ocupo el lugar de espectador… y ahora el espacio visible, todo el cuadro de aire y cielo del jardín, ha convenido en reducirse a la escala de las pequeñas naves, de modo que el espectáculo de la caída se produce dentro de la trayectoria de un gesto. Es decir, que en un instante no bien determinado (un golpe vivo de terror), cuando los vimos precipitarse hacia nosotros esperando verlos crecer hasta cubrir el patio con sus alas, hubiéramos podido pescarlos con la mano, allá arriba. Pero es la llamada para despertar (acaso una voz familiar venida de la vigilia, que al romper la cáscara abre paso a una luz corrosiva que empieza a disolverlo todo) y ocurre, bruscamente, que pasamos de un salto a este otro lado, ahora que íbamos a apoderarnos de un angosto biplano, que allá atrás ha quedado aprisionado entre las ramas de un arbusto, con las alas rotas.

EL IMPOSTOR Y SU VÍCTIMA

HACÍA ya algún tiempo, por decirlo de alguna manera, que el hombre había seleccionado su víctima predilecta con el propósito determinado de consagrarse enteramente a ella. Era una de las dientas habituales de la pastelería *Danubio,* quizás la más consecuente y sin duda la más rutinaria entre todos los miembros femeninos de aquella pequeña y desgastada colonia que cada tarde compartía en silencio el escenario pulcro, sonrosado y meticuloso de la pastelería. El perfil amarillo —una cara que prolongaba el exacto nivel del traje gris piedra de su dueña—, tatuado de escuetas rojeces y algunas salpicaduras leves disimuladas por el polvo, se dibujaba con duro realismo de modelado en cera entre la torrecilla nacarada, con su parejita de azúcar de una torta de bodas, y un grumoso chalet de chocolate edificado sobre una parcela de verde pistacho.

El hombre, parado frente a la vitrina, observaba su casi inmodificable colección de víctimas, ahora desechadas.

Realmente no creía reconocer ninguna cara nueva. Acaso la señora del rincón —pensó por un instante, atraído por su boca pequeñísima que se encapullaba a cada movimiento de la mandíbula y un algo de ave de rapiña en la curva nariz de concha y los ojos lanzados hacia los lagrimales—; pero al recordar el roce familiar de su cuello de encaje, alto y almidonado, cuyos bordes tuvo necesidad de apartar cuidadosamente con los dedos antes de proceder, sonrió,

convencido de su error, con ligero desprecio.

El resto de la clientela lo formaban unas mismas figuras de reparto, acaso alteradas por pequeñas modificaciones en el vestuario. La dama rusa esquelética, de largos brazos nudosos y de trajes resecos y eternos de baúl de inmigrante, estremecida a ratos por la fuerza de un tic que parecía despertarla sobresaltada, como si un animal alado reviviera bruscamente dentro de ella; las dos ancianas que comían pasteles de fresa y cambiaban monosílabos, saludables y frescas, como si se conservaran en cajas climatizadas, y la otra de la mesa del centro, una rígida profesora de canto o maestra de ballet, sin edad posible, condimentada de viejas agriuras, la mayor aproximación imaginable entre un paraguas y un ser humano, un, dos, un, dos, un, dos largos bocados de ensalada rusa con pepinillos agrios y un frasco de yogurt, hileras de negros botones cerrados hasta el cuello, donde los dedos del observador de la vitrina encontraron, días antes, una resistencia invencible en el intento de fracturar esa caña recia de fagot... y más allá el otro deseo de encontrar la llave secreta, escondida en algún lugar detrás de las vitrinas, darle vueltas activando la cuerda hasta el máximo, a fin de provocar una repentina aceleración en el mecanismo de aquel gran juguete, que empezaría a estremecerse y a vibrar por todas partes, a tiempo que las figuras de las mesas eran poseídas por una dislocada velocidad de película muda. Los pasteles desaparecerían de los platos en segundos, el tic de la dama rusa caería en una recurrencia exasperada y se oiría el tintineo de la registradora repitiéndose como una enloquecida señal de peligro. Pero esto es sólo un breve divertimiento para el hombre que, de manos en los bolsillos, contempla la vitrina dando la espalda al animado tránsito de la avenida y a la multitud de paseantes. Él ha escogido su víctima predilecta y a ella ha resuelto guardar la más religiosa fidelidad.

Ahora viene detrás de ella, la mirada fija en el triángulo de piel que permite la abertura del vestido: es como uno de esos

rincones de una sala adonde no llegan las pisadas: una fría superficie mateada por el tiempo, con palideces orinosas y la señal apenas visible de una grieta. De allí se eleva la doble curvatura del cuello, que se prolonga hasta perderse en una cabellera gris, sin brillo. En ese breve tronco, dibujado de tendones y venas y un lunar negrísimo extendido a la altura de la primera vértebra, se detienen las manos del hombre y sus dedos resbalan, palpan con pericia delicada de masajista para encontrar el más efectivo acomodo. Las yemas recorren el relieve sinuoso de la tráquea, buscan el punto exacto y al ubicarse entre los anillos nudosos aguardan sin moverse. Es el momento en que la dama corta parsimoniosamente un trozo mediano de baklava, lo ensarta con el tenedor, se lo lleva a la boca y, una vez adentro, lo pasea entre los molares, lo amasa contra el paladar y en medio de una bola de saliva, empalagada por el fuerte sabor de la pasta de almendras, lo traga de un golpe. Los dedos presienten la aproximación del bocado, y en el momento justo aprietan con un solo impulso firme y contenido. Segundos después, los nudos de la tráquea se resquebrajan, la cabeza inerte se va hacia un lado y por la boca contraída de espanto sale un grumo de pasta negra ensalivada.

Al amparo de un trozo de pared en una construcción, el hombre se mira las manos veteadas por la penumbra. Las siente de tal manera —son pequeñas y pardas, muy labradas de piel, con algunas vejeces en los nudillos y las uñas rosadas y limpias— como si hubieran brotado de otro cuerpo y estuvieran llenas de una memoria ajena que pugnara por hacerse entender, por explicarse. Se las lleva a la cara y se acaricia con ellas de arriba abajo, haciéndolas resbalar con lentitud, apoyando apenas las yemas de los dedos, que dejan a su paso una sensación fría y adormecedora, y es como si tras ellas fuera apareciendo una cara distinta, sensible y armoniosa, donde los más secretos ecos interiores, las ternuras y los sueños lejanos, apagados en la memoria,

volvieran a la piel. Siente una oscura piedad de sí mismo y está a punto de echarse a llorar.

Momentos después, está de nuevo entre la gente, cuando todo ha vuelto a su lugar, y las manos, restituidas al cuerpo, reposan en los bolsillos. El hombre puede entonces regresar a la pastelería, entrar sin temor y pedir una taza de café, cuando ya casi todas las mesas han quedado vacías, y de cuando en cuando desliza una mirada indiferente a la clienta más demorada, la dama del traje gris piedra, su paciente víctima.

ESTAR SOLO

UNAS veces me divierte y otras —por momentos— llega a exasperarme.

Ocurre —veamos si soy capaz de expresarlo debidamente— que se me duplica la cabeza (esta horma grande que reúne mi imagen visible para todos, mi identificación urbana, tan apacible por fuera aunque llena de ruidos y turbaciones), y empiezo a verla por ahí, calzada sobre hombros y cuellos diferentes.

(Perdón: me asalta ya la azarosa sensación del fracaso —la aparición de una segunda faz, rígida y dominante, que va brotando desde atrás, apenas se disipa el amoroso calor, la audaz y artificial temperatura del primer impulso; que es un tallado verídico de mis propios rasgos en que la realidad se adensa, se congela, se cierra en su propia dureza como una escueta y parca simulación de muerte—, del fracaso, digo, ante la carga de vacío, de casi absoluta invalidez que veo desprenderse de los párrafos anteriores al paréntesis; pues debo admitir que ni una sola de las palabras que he empleado guarda relación directa o aproximada con lo que, de veras, trato de explicar. En realidad, todo lo entrevisto en el primer instante se me ha quedado dentro, rabiosamente vivo, sin que haya dejado escapar de la mente una sola partícula verdadera, el más pequeño alivio. Pero bien, así ocurre siempre o casi siempre, como en el asunto de las manos que traigo al caso

sólo a modo de ejemplo: de pronto ellas están ahí, se mueven, se cargan agrandadas, vivientes, llenas de fluido y de inmanencia, como si brotaran ya no de los brazos, sino directamente del huevo mismo, del pensamiento puro, de su propia e incontaminada idea matriz; esos trozos desnudos, evidentes y ahora inexplicables, que desearía esconder de mí mismo como un reclamo, como una voz indescifrable de la conciencia; y qué terrible y muda confusión en el momento: todo un alfabeto trastrocado de signos sin contexto posible, y al fin, en medio de la ofuscación y el recelo, cualquier palabra podría resultar válida, cualquiera excepto "manos" o "las manos”, "mis manos", pues son inútiles estos pequeños lingotes sordos, sin sonido real, sin significado.)

Pero veamos la manera de seguir adelante.

Yo me pregunto qué pensaría usted si yendo en el autobús a casa después de la jornada, porque usted no tiene automóvil o no lo usa para ir al trabajo, y se fija, sin interés particular, en un tipo que va sentado en el asiento paralelo al suyo mirando por la ventanilla (puede verlo muy bien, pues la persona que va sentada al lado es una anciana diminuta que causa apenas un relieve rugoso en el asiento); un tipo con el aire raído y enfermizo de casa de empeños que nos distingue a los pasajeros habituales de los colectivos, y al momento usted cambia la mirada hacia la doble fila de cabezas que lo precede y la deja estar un momento en el cabello desteñido, abundante, la franja mate de la nuca bajo los rizos, la cadena de oro que se ha rodado un poco de su sitio y enseña la marca dejada en la piel: una línea pálida y depilada donde el sol no ha tocado en mucho tiempo y un lunar color de chocolate de la mujer que va sentada delante; y cuando vuelves los ojos al desconocido (ya va siendo tiempo de tutearnos), éste te mira y dices: "dónde he visto a este tipo antes" y no le das importancia hasta que sientes la necesidad de llevarte las manos a la cara en un impulso que adivinas demasiado brusco, como el bandazo de una pieza al escaparse de la

sincronía de un mecanismo, y, por el temor de que alguien te observe y llegue a pensar que eres un tipo loco o maniático, te dominas y simplemente llegas a palparte la nariz y haces como si te limpiaras distraídamente el pómulo, y entonces miras de nuevo y ya está, lo descubres, es idéntico a ti, es tu misma cara, mejor dicho, impresa allí como un sello.

Bueno, eso me divierte al comienzo.

La travesía es siempre lenta a esta hora de la tarde; el aire empieza a refrescar, se torna amable y menos rígido que de costumbre, como medicinado por ciertos pensamientos relajantes comunes a muchas cabezas, por donde ahora mismo pasan duchas y mesas servidas y encuentros de cuerpos desnudos. En fin, que uno puede recostarse a la ventanilla y mirar a la gente que pasa en carrerita, las vidrieras, los gestos danzantes de los maniquíes. Un mendigo se acuna en un portal, una niña menuda chupa un helado. Una pareja de ancianas, de ganchete, parece que no terminaran de pasar: caminan bamboleándose, sustraídas del paisaje y de la multitud, como si pasearan por la listada cubierta de un barco.

Enfoco a una mujer que se desprende del rebaño y entra a una tienda. Nos detenemos por completo y entonces la veo penetrar resuelta al establecimiento, agitando un gran bolso de paja bajo la viva luz de neón en aquella rutilante limpieza, todo de un nuevo eterno, congelado, y tras detenerse unos instantes, va directamente al departamento de cosméticos a su derecha,

El dependiente se dispone a escucharla, tenso, y ahí está ya mi cara, mi cabeza toda, estos ojos ligeramente adoloridos que siento pesar más que nunca en las órbitas, mirando a sólo dos pasos de distancia la cara de la mujer, detallando el movimiento rápido de sus labios, el gesto que casi prepara el desagrado, la mueca de fastidio por el presentimiento de una negativa que la obligaría a ir a otra parte; y allí se queda sin remedio después del sacudón de la arrancada; la abandono a su suerte apenas el vehículo se pone de nuevo en movimiento.

Lo imperfecto del juego radica en que no consigo manejarlo a mi antojo. Mis órdenes jamás son escuchadas: por lo tanto, las facciones del policía de tránsito seguirán siendo las mismas, toscas y acaloradas, desde el momento en que las percibo a cierta distancia, hasta que pasan navegando hacia atrás con desafiante lentitud frente a mi ventanilla. En cambio, sin proponérmelo, un segundo después estoy ahí, formando parte del fragmento apenas variable de la esquina, reconstruido a cada cien metros con los mismos elementos urbanos cuyas escasas diferencias se vaporizan en el cuadro; mi cabeza apretada entre el montón (una sola respiración gruesa que de no haber otro ruido en la calle se escucharía de lejos) que crece al borde de la acera esperando la señal de cruce: pertenezco, en cosa de segundos, a cualquier tipo, más bien regordete y maduro, que lleva un maletín. ¡Tran! de pronto casi me doy con ella en plena frente; siento rebotar el cuerpo ajeno, el roce brusco de una ropa. Susurro una especie de perdón que sale por igual de esos labios desenfocados por la proximidad, el nacimiento débil del cabello, mis ojos enrojecidos y yo dentro de ellos en miniatura, flotando en el líquido oscuro y diciendo perdón entre dientes.

El tipo, que no deja de ser corpulento, me empuja con el cuerpo, sigue, lo pierdo en un instante.

Viene la espera de un minuto frente al ascensor. La conserje gallega, bastota, el busto regado como un mezclote en todo el pecho, baja la escalera cargando con una rima de lencería. Séptimo piso. La puerta al fondo del pasillo. Cruzo el olor todavía inmaduro de las cocinas.

"Ya basta”, me suplico. "No deseo este último acto”, en los segundos finales, cuando la siento venir desde el fondo con una palpitación acelerada y ya está ahí atravesando el pantry, las sandalias de felpa, primero, que apresuran el paso, el borde algo raído de la bata, su cuerpo, los brazos blancos que se alzan hacia mí y descubren el foso enharinado de la axila; es ella, su cara al fin, el pelo suelto, su voz "mi amor" que ya no

tiene timbre para mí, que es como una costumbre sin tropiezos, un hábito apaciguado de los dos, nuestro olor de después sin fatiga, la luz en el cuarto de baño y el ruidito cercano del agua, el sabor lleno de calma del cigarrillo antes de la lenta caída del sueño. La abrazo suavemente ... y ya no puedo vencer la repugnancia, el rechazo que me obliga a besarla apenas con un chasquido seco y elusivo, evadiendo todo lo posible la rudeza del choque, la acometida de unos labios gruesos que aproximan la negrura erizada del bigote y esa juntura ácida de las comisuras con huellas de saliva, el golpe seco del aliento, saliendo de una carnosidad sin piel que se abulta y tiembla proyectando su borde escamoso... y yo allí, en miniatura, metido en los círculos negros de los ojos, el relieve mojado del párpado espantado.

Más tarde, con la frescura del talco y la bata de seda y ella, ya vestida y arreglada para la cena, que trae la botella de cerveza del refrigerador, la sirve, comemos en silencio y, mientras corta el trozo de carne a la plancha, pregunta como siempre, sin mirarme:

—¿Cómo te fue hoy?... ¿Viste algún conocido por ahí?

EL PEATÓN MELANCÓLICO

HOY hace diez años que empecé a escribir mi novela. En todo este tiempo, trabajando día tras día, he llegado a acumular 970 páginas de letra menuda y, sin embargo, debo admitir que hasta el presente aún no he entrado propiamente en materia.

La idea de escribir la novela me vino un día cualquiera, casi de improviso. Acababa de adquirir mi apartamento y aún no había tomado contacto verdadero con el mobiliario no del todo nuevo, aunque delicadamente conservado, de modo que todo a mi alrededor me trasmitía esa sensación de llevar ropa ajena que nos hace el blanco imaginario de todas las miradas. Me sentía realmente observado por aquellas poltronas tapizadas de raso con tersas lijaduras en los pasamanos, o por el gran camastro de copetes labrados con filetes de oro, o por el coqueto aparador —una pieza clásica de solterona, más apropiada para un decorado de comedia simplaina que para cualquier uso cotidiano— donde se guarda todavía una loza con paisajes bucólicos que jamás he usado. Pensé desde el primer momento que el haber tomado residencia propia debía significar un acomodo definitivo para mi vida rutinaria de soltero. Allí, entre tantas cosas de origen incierto, debía quedarme para siempre y mis días serían gobernados por aquellas paredes de colores pálidos y el paisaje inmóvil de

tejados y alambres eléctricos que el marco de la ventana recortaba con rígida monotonía.

Pues bien, una tarde en que regresaba de la frutería de la esquina acunando una bolsa de melones, se me vino a la cabeza como un tibio vapor la idea de la novela. Escribiría una novela, no importa el tiempo que tuviera que emplear en ello. Después de todo, no tenía cosa alguna que hacer durante el día, pues la pequeña renta que devengo me permite solventar todas mis necesidades de hombre solo.

Paseándome por el recibidor, ida y vuelta, sobándome las manos como acostumbro hacerlo cuando algo me da tumbos en la cabeza, comencé a pensar en los detalles. Sería, estaba seguro, una narración detectivesca. Semejante elección repentina era explicable por cuanto, a pesar de haber leído pocos libros de esta clase, ningún otro género me atraía en especial; pensaba, asimismo, y así lo creo ahora, que únicamente este tipo de lectura podría interesar de veras a la gente. Eso en el caso de que mi novela llegara a ser publicada y obtuviera algunos lectores, cosa que en verdad no me preocupaba. Desde el primer momento, una imagen se instaló en mi cabeza y allí ha permanecido inmóvil hasta el día de hoy: me veo sentado ante mi mesa borroneando cuartillas, mientras todo un público de rostros y figuras indeterminadas —tanto que en todos estos años no sería capaz de describir a cabalidad alguna de ellas— aguardaba sentado, en perfecta inmovilidad, el resultado final de mi trabajo. En diez largos años pasados desde entonces no he tenido que contar una sola deserción, una sola baja; ninguno se ha movido de su asiento ni yo he dejado de escribir hoja tras hoja.

Ahora bien, en toda novela de este tipo, buena o mala, ha de haber un crimen, lo más perfecto posible, como elemento principal de la trama y en seguida toda una cadena de acontecimientos que deben conducir, uno tras otro, a la identificación del culpable, siempre en medio de una variada colección de sospechosos sobre los cuales descargar a cada

paso la malicia inocente del lector. Necesitaba, pues, de un crimen y, ante todo, de una víctima condenada a perecer en forma violenta en las primeras páginas, junto con la salida a escena del cerebro pesquisidor, que acabaría por decir la última palabra sin que, antes de desaparecer por completo, dejara de lanzar una mirada picaresca a la cara de asombro del lector. No me cabía duda en torno a esto: tal hombre sería yo; así lo había determinado y no por exceso de vanidad ni porque alentara pretensiones heroicas, sino por simple y elemental comodidad: sin duda iba a resultar mucho más fácil para un escritor nada experimentado como yo tomar nota de mis propios hábitos, ademanes y pensamientos, que inventar a cada paso las peculiaridades de un personaje creado por la imaginación. Así, si tuviera necesidad de describir en detalle alguna situación particular, yo mismo la representaría ante el papel en blanco, corriendo luego a él para anotarlo todo, y de paso reservándome la posibilidad de rehacer algunos movimientos si la memoria me fallara.

Salí aquella primera mañana convertido ya en personaje. Esta nueva situación me resultó, desde el primer momento, reconfortante y llena de particular lucidez. De alguna manera el escenario habitual de la calle, que antes me era indiferente, había cobrado una luminosidad y un relieve cálidos y estimulantes. En mí mismo advertía un halo de irrealidad, una propiedad escurridiza de falsario, de frío y consciente simulador, que me permitía observar a los demás con un dejo de humor burlesco y al mismo tiempo bondadoso.

Siguiendo una norma adoptada en aquellos mismos días, el personaje se refugió en el banco del pequeño parque marchito vecino a su casa. El lugar no dejaba de ser agradable y reparador: la sombra de una ceiba bañaba el banco, el piso de cemento se cubría de hojas secas y frente a mí se alzaba, como el recuerdo de una postal de algún país extraño, el platón de mármol de una fuente y los dos angelotes nalgudos enroscados al tallo.

Fue allí donde la vi por primera vez esa misma tarde. ¡He aquí la víctima! Podía jurar en aquel momento que no iba a ser otra en el mundo. Presentí en toda ella, así a primera vista, una predestinación candorosa, vivaz y no exenta de alguna ternura. Tenía un andar menudo y rápido, una figurita delicada de huesecitos finos y nerviosos, el pelo de caoba desteñida con muchos hilos blancos, un cuello frágil y blanquísimo. Su edad andaría en los sesenta.

Ese día comencé a escribir. Narré de una manera simple y natural aquel primer encuentro y al otro día el segundo, cuando a la misma hora, por lo que parecía una feliz confluencia de hábitos, pasó por el mismo lugar. La seguí unos trescientos metros por una calle de árboles enanos que a estas alturas debo haber recorrido más de un millar de veces; una calle más bien deslucida, con sobra de grises, donde abundan los comercios menudos de mercería y quincalla. La vi entrar a una capilla de adventistas y un momento después escuché la musiquita de un armonio y unas voces agudas entonando uno de esos himnos blanduzcos que parecen hechos de alguna pasta fría y blanquecina.

Ella era la organista de la capilla, lo cual, a mi modo de ver, constituía el oficio más apropiado para su condición angélica de víctima.

Tuve suficiente por esa vez. En el capítulo siguiente no la seguí hasta la capilla: hubiera sido una repetición tediosa e innecesaria. Permanecí en el banco, sin pensar, acariciado por la brisa fresca y a ratos creía escuchar, muy borroso a lo lejos, el cántico y la respiración del armonio; aunque más bien debía de ser un recuerdo.

La seguí al regreso. Salimos del parque. Parecía que fuésemos a casa. Ella se detuvo antes en la charcutería de al lado (el edificio era una construcción rojiza de tres pisos, moldeada en el estilo más común a los barrios de vida modesta) y salió con un pequeño paquete y los restos desvanecidos de una sonrisa. Un momento después, como en

sueños, la vi entrando a casa. De veras fue una escena de sueño aquel instante, impreso para siempre en mi mente, en que ella desaparecía como un reto por el portal del edificio. He visto repetirse esa imagen cientos, miles de veces, siempre idéntica a sí misma: un perro pasaba a su lado jadeando; una inmensa mujer, cargando con un nudo igualmente deforme de ropa lavada vino directamente hacia mí, cuando ya ella había cruzado el portal y me obligó a arrimarme al muro. Sin embargo, todo ocurrió en la más desnuda realidad. Era yo mismo quien subía tras ella la escalera para verla detenerse en el primer rellano. Allí tenía su apartamento, debajo del mío.

Espiar a mi vecina constituyó mi ocupación primordial durante mucho tiempo, compartida con las horas de escritura. Comprendo que ustedes deseen enterarse de pormenores; sin embargo, resumirlo todo me resultaría poco menos que imposible. En verdad, sus evoluciones regulares estaban regidas, con cierta tímida severidad, por la recurrencia del hábito. Los mismos paseos cotidianos, idénticas evoluciones. En este aspecto admito que el único interés de mi relato reposa en la constatación de ciertos detalles accesorios, que al incidir arteramente en la totalidad provocaban desplazamientos, deslices, variaciones o ambigüedades menos reales que aparentes. Hoy soy capaz de asegurar, con pleno conocimiento de causa, que existe alguna inadvertida ponzoña en el ojo humano, cuyo poder de contaminación penetra sutilmente en el objeto observado. No encuentro otra explicación al hecho de que algunas manifestaciones nimias en la conducta de la víctima me parecieran fuertemente sospechosas, como si ella, participando activamente en el juego, fuera dejando tras de sí leves indicios —únicamente destinados a su seguidor—, pistas inseguras que podrían conducirme a la revelación de alguna forma insospechada de perversidad, de crueldad secreta o de simple impostura.

Recuerdo sí alguna situación especial, única en sí misma y encerrada por completo en el enigma. (Fue una de las pocas

ocasiones en que recibí la impresión, no del todo agradable, de que ella deseaba evadir mi persecución y actuar por cuenta propia). Ocurrió una tarde, cerca de las cuatro. El ruido de su puerta, al cual mi oído estaba siempre alerta como el reflejo de un animal doméstico, me obligó a suspender mi trabajo. Era extraño pues jamás salía a esa hora. A duras penas pude darle alcance cuando se disponía a tomar el autobús vía al Oeste, lo cual acrecentó mi sorpresa. Ni ella ni yo frecuentábamos ese lado de la ciudad, campo obligado de trabajo para los reporteros de sucesos de los diarios. En un gesto de audacia, me senté a su lado. Como no dejé de observarla de reojo, pude constatar que ni una sola vez llegó a mirarme. Para el resto del mundo deberíamos figurar allí como dos perfectos desconocidos, ceñidos a la precaria realidad de aquel vehículo, donde tantos pensamientos diferentes se cruzaban sin tropezarse.

Vuelta a medias hacia la ventanilla, dedicaba toda su atención al paisaje urbano que progresivamente se iba tornando más abigarrado, más sucio y más incomprensible. Ciclos enteros de vida humana desfilaron en el largo paseo por la Avenida Sucre: saliendo de una modesta capilla vimos a un grupo familiar en un bautizo; más allá, cedimos el paso a un féretro y su escuálido cortejo de autos de alquiler; y a la altura de la plaza del Mariscal de Ayacucho, tropezamos con una boda de inmigrantes. En mi barrio, en cambio, parecía que la gente hubiera dado por cumplidos todos los requisitos de la existencia y se dedicara a medrar hasta el fin sin la menor alteración.

Observé, asimismo, que ella no dejó de estrujar entre sus dedos, pequeñísimos e increíblemente tiernos para su edad, un pañuelo de encaje con las manos hundidas entre las rodillas.

Juro que jamás volveré a encontrarme en esta calle. Tampoco he intentado dar con ella ni lo haré ahora: no estará allí como ese día, tal vez no exista para nadie ni aparecerá

igual ante mis ojos: un callejón estrecho con olor a pan viejo, apenas tocado por el sol; paredes de galpones, algunas viviendas oscuras, ni un ruido ni una voz humana; al final, un trozo de muro sin ventanas y una puerta de metal estrecha que se abrió apenas para darle paso y permaneció cerrada por más de una hora, mientras yo aguardaba allí como cercado por un sueño tedioso que se hacía exasperante a causa de su rigidez: era espantoso que pudiera resistir tanto tiempo sin desvanecerse o cambiar. Finalmente pasó a mi lado, y aunque nuestras caras se encontraron de frente, puedo jurar que no me vio. Traía los ojos rojos y, si no me equivoco, había huellas de lágrimas en sus mejillas.

En los últimos meses visité una vez su apartamento, valiéndome de una llave maestra. Efectúe un inventario minucioso de sus pertenencias, cuidándome de borrar toda posible huella. Sin embargo, no pude librarme de cometer una imprudencia incalificable: di cuerda a un reloj de cucú que presidía el recibidor. No dejo de imaginarme su sorpresa y su confusión cuando esa noche a las nueve, al ir a cumplir el rito inmancable del que estaba enterado por el ruido, apenas alcanzó a dar un par de vueltas a la llave. Nunca pudo haberse explicado lo que pasó.

Al día siguiente llamaron a mi puerta, y en lugar de la gallega encarnada que me hacía la limpieza, fue ella quien apareció en el rellano. ¡El reloj!, exclamé en mis adentros e imaginé lo peor; sin embargo, sólo pretendía enredarme como suscritor de *El Centinela y Heraldo de la Salud,* una revista que me causó horror a causa de su pavorosa frialdad. Me excusé cortésmente y aun rehusé recibir el ejemplar gratuito que me ofrecía. (Su voz diminuta y chillona, no por ello desagradable, se teñía, en ciertas inflexiones, de un descolorido acento centro-europeo). "Está bien, señor”, fueron sus últimas palabras y en ese instante comprendí que tenía que matarla. Ella pareció comprender y me autorizó por medio de una sonrisa dulce y resignada de modesta

complicidad. Este gesto, que en el momento me pareció perfectamente legítimo, borró en mí todo posible resabio de remordimiento.

Quince días después, me hallaba de nuevo en su apartamento, metido debajo de la cama. A la hora acostumbrada crujió el pestillo. Sus pies infantiles discurrieron por la alfombra en idas y venidas, acompañadas de un tintineo de loza y de metal y un aroma invitante: estaba preparando su té. En un momento creí oírla tararear desde la cocina algo que se asemejaba a una marcha teutónica. Silabeaba un poco la melodía y, en las pausas, remedaba el sonido del bombo: ta-ra-ra, ta-ra-ra, ta-ra-ra... shhss ¡pun! Apenas se hizo el silencio acostumbrado, salí de mi escondite. A través de la puerta entreabierta la divisé de espaldas, sentada en su poltrona favorita. Me valí de un almohadón con una estampa de aldea bavaria, para quitarle la vida en escasos segundos por el simple procedimiento de la asfixia, y le dediqué una última mirada que grabó su imagen en mi mente, deformada apenas por una suave contracción en la mandíbula.

Como lo suponía, fue llamado a reconocer el cadáver un médico anciano del vecindario: síncope cardíaco. Unos pocos vecinos acompañamos el sepelio. La viejecita estaba abonada a una agencia de pompas fúnebres que, en cumplimiento de las cláusulas, celebró su solitario funeral.

Hoy se cumplen diez años. Una tarde grisácea y apacible. He concluido la página 970, donde se narra mi última visita a la charcutería y el diálogo sostenido con el propietario, quien —lo descubrí mucho tiempo después del suceso— era su conterráneo; nacieron en el mismo pueblo y se conocieron y jugaron a los primos cuando niños.

Mañana recorreré la calle de los árboles enanos, las quincallas y las mercerías y haré guardia frente a la capilla adventista, que ahora dispone de una nueva fachada. Luego regresaré a continuar el hilo de mi historia agregando los nuevos datos obtenidos.

Ahora debo embolsarme en mi flux negro e ir a comprar el ramo de claveles que, en cada aniversario y en reconocimiento por tantos años de vida en común, llevo religiosamente a su tumba.

IMPRESIONES DE VIAJE

SALGO *de la cafetería a eso de las tres de la tarde.* Delicatess, White Palace, Hernando's bar, vaharadas de pronto de acento catalán y olor de fritos, un autobús destartalado cruje, el carillón del carrito de helados; son ghettos, verdaderos ghettos esas barriadas sudorosas de inmigrantes, toldos azules, unas piernas divinas hendidas un segundo después por el grito de una sirena. Caracas es un corral de zambos, dijo una vieja colombiana, nalgas en todas las portadas al rojo vivo del puesto de revistas, de la venta de discos, los pies menudos del curita español, arbolitos enclenques maltratados por la humedad del mediodía... y es exagerado que ésta sea la ciudad más cara del mundo, la más bullosa, la más sucia y la más jodida del mundo, pero es verdad que parece un descarrilamiento, una catástrofe, una cabeza alborotada. *Además, llueve un poco y sueño con tener un paraguas. Puede ser, si se quiere, algún paraguas negro que se abre como una hermosa seta sobre mi despoblada cabeza, que presupone el* antes *de un anuncio de tricófero de Barrí. Protegido por mi abrigo gris felpudo y con cuello de marta que me acaricia las orejas y recoge mi aliento, camino* a paso mesurado por esta calle adoquinada, con árboles desnudos a los lados, más espaciosa y limpia que las nuestras, construida, diríamos, como de largos y uniformes períodos de una prosa educada y fácil de imitar, tan diferente a la

despedazada sintaxis urbana que me he acostumbrado a leer sin desconcierto. En ambos márgenes, edificios recios y ceñudos, no ausentes de una oscura tristeza, que recuerdan a señoras de edad ahileradas en una gris sala de espera de tren de refugiados. Las vidrieras, en cambio, son opíparas y anticipan comilonas suntuosas en familia, servidas por un ama robusta de grandes y abrigados pechos y cachetes ardidos por la lumbre. Sólo que ahora no llueve en absoluto, aunque lleve abierto mi paraguas. Por el contrario, brilla a sus anchas un sol trémulo de finales de invierno, que parece sorprendido de sí mismo y pronto a desaparecer. Algunos recargados portales se tiznan de amarillo pálido.

De improviso, una de las púas del paraguas se entierra en el ojo izquierdo de una dama de edad madura con quien he estado a punto de tropezar. La púa ha penetrado en el globo, atacando por el ángulo del lagrimal, y en seguida salta desgarrando la tela. La masilla brota como un coágulo y se derrama con grasa lentitud sobre el pómulo.

Ni un grito ni una exclamación. Prosigo mi camino guardando el paso y casi al momento vuelvo la cabeza (pues empieza a mortificarme de veras la visión, trasladada de un todo a mi piel, de las babas y los filamentos sanguíneos que sostienen la parte más densa y homogénea del coágulo) para ver a la mujer, que a una distancia de cien metros o más, a modo de una inserción en relieve sobre el plano liso de la calle, resumido a líneas y fondos trabajados en sepia como una postal, prosigue de lado en la acera, vuelta la cara huesuda sobre el hombro. (Aún permanece aquí, a mi izquierda, un gendarme cilíndrico de cara roja, embalado en su abrigo de invierno). Creo advertir que el desprendimiento de materia ha descendido hasta alcanzar el labio.

Más allá, por la vidriera de un café, descubro a una muchacha desnuda sentada en la barra. A primera vista, resulta una de esas chicas bronceadas de los anuncios de *Copertone;* ella resume su posición en el taburete a un

conjunto de trazos largos y rectilíneos, donde se advierte el precioso recorrido de los huesos, mientras la inclinación del torso sobre la barra revela la nudosidad de las vértebras; el rostro famélico a lo Twiggy, devorado por la fiebre, parecer expresar una resignación desdeñosa e inalcanzable.

Entiendo perfectamente que no es real, y aunque debo tomar el tren de las cinco que sale dentro de diez minutos, no puedo ni quiero resignarme a perderla. Intento, pues, cruzar la puerta y resulta que el paraguas se queda allí trabado, enfurecido, con todas sus púas erizadas impidiéndome el paso. Lucho sin resultado. Razonando, doy un paso atrás; busco en lo alto, bajo la cúpula de varillas negras, el punto saliente que al recibir la presión del dedo precipita toda la rígida estructura y el techo cae en una agonía de pliegues, de babas negras y vigas fracturadas.

En cuanto cesa aquel aleteo invernal, la muchacha, liberada del escenario aceitoso y colmado de aromas de maderas, cazuelas y alcoholes refinados, cruza la puerta y escapa por la acera con el aire de correr a una cita recordada de pronto, y así se aleja moviendo con gracia su falda menuda de cuadros escoceses.

Finalmente, me precipito a la estación y la gran cripta de metal está llena de vaho y de luces escénicas. Las figuras despiden un polvo luminoso como el de los insectos en la lumbre. Los largos vagones grises descansan en sus canales en un simulacro de ataúdes, o parten en silencio entrando como barras lubricadas en la niebla.

En la ventanilla más cercana, la cara huesuda; el coágulo, agrandado, apenas sostenido por los filamentos, resbala en la hendedura del cuello.

En este momento, un rancio olor de podre que acude de lejos me advierte que soy, en verdad, un extraño; un personaje irregular metido en esta antigua trama cuyo único desenlace posible parece ser una postergación sin fin.

Llueve un poco y el aire se condensa a medida que me

alejo de la cafetería. El día mugriento es una pobre, lenta, inservible simulación y el sabor fuerte del café me empasta la garganta.

MALAS COSTUMBRES

POR AHORA, lo que tengo delante de mis ojos es una nuca gruesa, recién rapada, con alguna humedad visible en los poros. A cada oscilación de la cabeza, el cuello de la camisa blanca, que ya ha empezado a oscurecerse en el borde, sube y tropieza en una rodaja de carne enrojecida. El lóbulo de la oreja derecha guarda la huella de una cortadura soldada por el tiempo, que daña la tersura del contorno. En la deformante proximidad se adivina una pelusa incierta como un halo que agranda el borde torneado del pabellón. Se advierte la tosquedad del tallado en el respaldo de concha marina que trasluce algún viso de sangre licuada. Aún llega hasta nosotros un poco del reflejo solar.

El nudo humano se vuelve más compacto a mis costados. Un rumor pesado, que no crece ni se aminora, ocupa por completo los estrechos conductos de aire que corren entre las cabezas. Lo más denso del ruido parte de debajo de nosotros, de nuestros pies calzados, que frotan el piso progresando, eso sí, a muy cortos impulsos; éstos se interrumpen apenas comenzados y como no existe ninguna sincronía en nuestros movimientos, un chasquido de suelas sigue al otro y al otro, sin pausas, de manera que se forma una sola capa de ruido continuo. Todos los hombros, delante y a mi alrededor, se balancean pesadamente con algo de masas flotantes; chocan y se repelen, separándose a no más del espesor de un dedo. La

luz que llena estas rendijas desaparece pronto en cuanto las telas vuelven a fundirse.

Mi mano registra un golpe de nudillos, un frote de tendones y piel. Las uñas tocan el cristal de un reloj de pulsera, un borde áspero de bocamanga, unos pliegues sedosos que no sabría identificar.

Los de atrás deben estar empujando más fuerte ahora, tanto que resulta cada vez más comprometedor guardar las apariencias. Uno, por un resto de delicadeza, fuerza todavía más el intento de sumirse, de plegarse sobre sí mismo, reduciéndose todo cuanto puede hasta sentir la tensión de los huesos, a fin de conservar un poco de aire propio alrededor, y, aunque lo logra por instantes, con frecuencia se va de bruces y aplasta la nariz en una oscuridad felpuda con zumo de cuerpos, telas y agua de lavanda. El tropezar de zapatos es continuo y ya nadie pretende evitar al vecino. Por otra parte, sería inútil tratar de levantar el pie: la ilusión de avanzar se obtiene manteniéndose entero sobre uno mismo y dejando correr el impulso motor a través de las piernas; así, todo el esfuerzo se traduce en un mínimo deslizamiento de las suelas, o bien se ahoga por completo dentro del pie mismo y éste se estremece y rebota en el interior del zapato que mientras tanto permanece en su lugar, soldado al piso, completamente bloqueado por sus no menos inmóviles vecinos.

Una especie de oscuridad pesada nos envuelve, o quizás sea la saturación del aire donde ya no es posible separar o diferenciar componentes. Alzas cuanto puedes la cabeza y respiras. No digo que sea fácil encontrar un acomodo plausible en esta situación; pero, sin duda, el mayor inconveniente proviene de los brazos. Es evidente que estos trozos colgantes del cuerpo, estos largos sobrantes de carne, quebradizos, habituados a una movilidad insaciable, resultan embarazosos y nulos por completo cuando uno no tiene que valerse de ellos; cuando se está en la cama, donde por lo menos uno de los dos está siempre de sobra, o cuando hay que esperar sentado en

algún sitio, en cuyo caso el problema a resolver consiste en dónde colocarlos de manera que permanezcan quietos y te olvides de ellos. En la situación presente, terminan por volverse exasperantes: los echas adelante tratando de juntar los antebrazos, los cruzas sobre el pecho, te los subes al hombro o los echas atrás y de todas maneras acaban por trabarse, los sientes pegados a ti por todas partes y debes hacer un esfuerzo por olvidarte de ellos y dejarlos colgar en cualquier forma.

De pronto te viene la idea de escapar. Miras sobre tu hombro forzando el cuello a todo dar y ves allí un largo trozo de piel cetrina manchada de pecas; adivinas la densidad de la masa que le circunda y comprendes, además, que no te mueves sino que la masa se agranda y se condensa presionándote por todos lados. Entonces adoptas otra forma de escapatoria, que consiste en dejarlo todo tal como está, abandonarte y pensar en otra cosa.

Tu barbilla pega contra un hombro; realmente no comprendes de qué manera el panorama puede haber cambiado hasta tal punto delante de ti: el hecho es que ya no tienes a tu alcance aquella nuca gruesa y el lóbulo mordido que viste hace algún tiempo. Algún tipo de desplazamiento insensible ha debido tener lugar en un momento, pues ahora tu barbilla se apoya en el hombro que tienes a tu alcance. Entrecierras los ojos, olvidándote conscientemente de tu cuerpo, y he aquí que la curva de aquel hombro se dilata y pierde sus contornos: es un vasto campo irisado cubierto de una niebla luminosa que agranda la trama del tejido. Los puntos de caspa se encienden y brillan como granos de azúcar. Entonces puedes dejar volar la imaginación a tu antojo o simplemente dejarte adormecer por el ruido de tu propia cabeza, un ruido desacorde que reconoces como tuyo, aunque no puedas ni intentes descifrarlo.

Compruebo que alguien, una mano en mi espalda, me empuja. Sin duda, la masa aletargada ha vuelto de su sueño y

entra en una inusitada agitación, sin que ello signifique que avancemos. Por momentos llega a ser un hervidero rabioso. Te ciegas y, al cabo, una espalda descomunal lo oculta todo. Un perfil a la izquierda se iguala al mío, aunque sólo lo vislumbre con el rabo del ojo, pues al hacer un pequeño movimiento lo tropezaría. A todas éstas, alguien está tratando de pasar de lado: presiona, mete el hombro, zafa los brazos en un intento descabellado de desarmarse y pasar una pieza tras otra, con el único resultado de apretar más el nudo y tapiar algunas entradas de aire. Finalmente, el tipo insensato se ha quedado trabado, atascado del todo en una posición absurda y sin duda agobiante: la mitad del cuerpo de este lado, a medio caer, y la cara vuelta hacia atrás, privada de movimiento, como envarada por una furiosa tortícolis.

A causa del disturbio ocurrido, mi posición se ha desequilibrado por completo: me sostengo sobre un solo pie, en tanto que de la otra pierna he perdido toda noción; el torso continúa rodado hacia un lado sin que pueda volver a la posición vertical. Aun así, consigo respirar en un hueco, aunque el aire a mi alcance es demasiado grueso y terroso como si aspirara en el interior de un bolsillo. Con algo de luz, podría ver la tosca costura del fondo cubierta de boronas y algunas monedas oscuras.

Se produce una nueva sacudida y regreso a mi situación normal. Al advertir que he perdido de vista al individuo que había quedado trabado junto a mí, comprendo que avanzamos y que lo hacemos cada vez más de prisa. El rumor anterior crece, o más bien se disgrega, es ahora menos compacto y más heterogéneo. Alguien se anima a encender un cigarrillo.

Por lo visto, algunos han empezado a cambiar palabras que sólo llegan al vecino. (Pero más que las palabras, la mayor elocuencia se ofrece en las miradas repentinamente iluminadas, en el desleimiento de las facciones que pasan con celeridad de la rigidez a la soltura o en algún asomo de sonrisa). Sin duda, la liviandad del aire estimula la locuacidad

general.

Yo —vueltas las manos a los bolsillos y reanudando el paso— simplemente pienso, pienso —mientras me ataca el apetito de las siete— en una antigua novia que era ociosa y distraída y que sin darse cuenta, en mi presencia, se hurgaba las narices… y sonrío.

ENSAYO DE VUELO

NO SOY un hombre, casi, soy un dedo meñique. Mi flacura ha llegado a ser tan esquemática, tan universal (yo la proyecto con satisfacción íntima en el ámbito ascético de los principios y las fórmulas puras), que mi cuerpo desnudo es un cálido compendio de anatomía. Sin embargo, por el solo hecho de confrontar tal déficit de animalidad, no me siento un personaje feo ni mucho menos monstruoso; por el contrario, cada vez voy entendiendo menos un ideal de belleza tan estropeado como el que ha sido impuesto a la humanidad, de unos siglos a esta parte, por toda una especie decadente de marmoleros y conservadores de museos. Mis ideas en este punto puedo resumirlas sin dificultad: la carne es fétida, viciosa y corruptible en exceso. Pertenece por herencia al dominio de las especies zoológicas más burdas y desprestigiadas de la creación, como los paquidermos, que son animales de pantano, comedores de harapos vegetales, estúpidos y domesticables hasta el asco. A juzgar por las viñetas de los manuales de historia natural, hubo una edad postdiluviana en que estos mastodontes se paseaban a sus anchas por un planeta enfangado y oscuro, llenando el aire de mugidos y pestilencias. Es posible que la idea de sus enormes deyecciones provoque en las mentes glotonas la envidia por los fabulosos hartazgos que seguramente cometerían aquellos que posteriormente ocuparon una tierra prodigiosamente

fecundada por tales inmundicias; sin embargo, no hubo siglos más infecundos, bochornosos y ausentes de espiritualidad y de grandeza.

Por otra parte, su fortaleza aparente se alimenta de una resignación servil, tanto que el hombre, aun el más obeso de los imbéciles, sería incapaz de ofrecer una imagen más sólida de la estupidez terrenal como la del elefante que saluda al público infantil parado sobre sus patas traseras, sacudiendo la trompa y enseñando, sin sombra de pudor, un triste simulacro de pene.

Recuerdo, por cierto, a un general dictador de esta república, que, llevado por su manía de creerse toro (y convencido por sus doctores, carceleros e hijos naturales de que sus bramidos de anciano resonaban como el único vocabulario comprensible en el enorme silencio sin historia del país), cultivaba una amorosa inclinación por la fauna cautiva: a su hipopótamo particular lo llamaba, con razonable familiaridad, el *hijoepútamo*.

Mi sistema circulatorio, visto en totalidad, es un cordaje tenso y comprimido que envuelve con perfecta sabiduría la osamenta y la fibra. Centenares de mis músculos, pequeños y vibrantes, trabajan en su abrigo de piel; una piel ociosa, herencia de mis pobres años de demencia carnal, que cuelga y se arruga en los lugares más inverosímiles; iba a decir *como un escroto,* y esto me recuerda que cuando me contemplo desnudo ante el espejo —lo hago con frecuencia y muy a gusto—, suelo verme de veras como un miembro a punto de inflamarse de deliciosa virilidad. Siento en ese momento que la figura del espejo se independiza y que algo radiante y poderoso va a irradiar de ella.

Si a todo esto se agrega que mi estatura es algo más reducida que lo usual en un hombre chiquito, se comprenderá cómo, en varias oportunidades, mi mujer ha estado a punto de echarme al suelo al ir a retirar las sábanas.

Claro está que en un mundo irracional como el nuestro,

debo sobrellevar el peso, a veces irritante, de ciertos inconvenientes imprevisibles: un domingo en un parque, una de esas piezas de escaso mérito, identificables por su redondez y su color de almagre (se distraía comiendo una bolsita de cotufas), vino tranquilamente y se me sentó encima. No lo advirtió al principio ni yo fui capaz de protestar, enmudecido como había quedado por semejante carga letal; además, que en el instante mismo, alguna regresión de la memoria me lanzó a una edad miserable: un traje de marinero, una boca abierta y las manos pegajosas de caramelo, presenciando una escena de circo: en medio de la pista, un pichón de elefante se posaba de nalgas sobre el estómago y las partes del domador y así se estuvo un momento de frente a nosotros, agitando sus cascos delanteros como si se gozara de su falta de vergüenza. La ensordecedora gritería del público me arrulló por algunos momentos, en tanto que la pieza terminaba de incomodarse con mis huesos, y después de revolverse varias veces en busca de acomodo, optó por prescindir del estorbo y alzándome por las ropas fue a echarme en el depósito de basura más cercano. Al oírme patalear y chillar dentro del pote, mostróse realmente turbado y desde ese momento usó de toda clase de miramientos para reparar los daños ocasionados en mi ropa como resultado de aquella violenta inmersión en un pozo crujiente y pegajoso de celofán, latas de jugo y papel estrujado. (Una lluvia de palmadas, golpecitos de uña y tirones para disipar las arrugas me envolvió por una eternidad). Al final, sopló vigorosamente en mi pelo, donde habían quedado envoltorios de chocolates y salvavidas. Compungido, pidió que lo perdonara; no había tenido culpa de nada; al verme, me dijo, pensó que algún gracioso me había dejado ahí por molestar. (Y lo justifiqué, en el fondo: mi perfil es punzante y vigoroso, difícil de olvidar; pero quien me mira de frente y a los ojos como él lo hizo, difícilmente encuentra un punto donde los elementos desfocados se estabilicen; mis rasgos se confunden en la mirada del contrario y llegan a desaparecer

volatilizados en una dispersión estrábica. El tipo, que además era algo cegato, sólo tuvo al alcance de sus narices una mancha difusa).

En cuanto a mi mujer, Dios la guarde, es un ser bondadoso. Tiene una fuerza hercúlea y cuando ha tomado más de tres rápidas cervezas (nuestras tenidas suelen ser memorables), suelta unas carcajadas gloriosas que parecen multiplicarse y esparcirse por toda la sala. En ese momento una imagen excitante emerge de aquella precipitación de vocales: se trata de una estampida de enanos frenéticos que salen en tropel de las paredes y corren volteando y arrastrando todo el mobiliario hasta sacarlo fuera y echarlo escaleras abajo. Es como un juego delicioso de nuestro exclusivo dominio: me basta decir “los enanos”, ya aflautada la voz por la risa, apuntando un dedo a medio metro del piso, mientras con los nudillos me piso los labios, para que las carcajadas nos envuelvan y los enanos aparezcan de veras.

Es lindo.

Cuando empecé a abandonar las comidas, ella me secundó demostrando un acatamiento apacible, aunque sí revestido de cierta bondadosa picardía. Pronto, en el área de mantel comprendida entre mis brazos en reposo, no hubo más que el periódico doblado y mis cápsulas para el riñón. Hoy, comedor y cocina han sido eliminados de la casa, librándonos, entre otras cosas, de olores y muebles inútiles. La mujer, para no herir mis escrúpulos, se alimentaba en secreto, no sé si frugalmente como asegura; sospecho que no.

Ya se habrán dado cuenta de que mi existencia es por demás tranquila; sin embargo, en la oficina tuve que soportar, al comienzo, el recelo y la curiosidad malsana de los compañeros. En mi presencia se cambiaban miradas de una vulgaridad irritante, como si me vieran acostado en el fondo de una letrina. Por suerte, algo acabó por nivelarnos y hacer

que cada cual se guardara con agria resignación en sí mismo: para el jefe, hombre gordo y de pocas palabras, todos allí éramos "un caso". Cada día paseaba delante de nosotros un gesto de impotente inconformidad dando a entender que la fatalidad había colocado bajo su dominio a las más estrafalarias e incomprensibles especies racionales. Así fue como una vez pasó frente a mi escritorio, frenó tres pasos más allá por haber creído ver lo que no era y sí era y regresó para cerciorarse. Ladeó en varios sentidos la cabeza, buscando sin duda el centro inexistente del foco (no me sorprendió lo más mínimo; eso mismo ha hecho y hará mucha gente conmigo), y, al no encontrarlo, dibujó una mueca que era de reprobación y "otro más, qué le vamos a hacer". Desde entonces quedé inserto en la colección, metido en mi nicho, esterilizado e inmune a la curiosidad de mis congéneres. Pues bien, a esto quería llegar: hoy ha quedado establecido mi primer programa de vuelo; por ahora lo vemos como un intento, un ensayo poco ambicioso antes de emprender itinerarios más completos y emocionantes. Nuestro balcón domina la avenida, que es ancha y hermosa; dos cuadras adelante está el parque al que daré una vuelta completa antes de emprender el regreso a la base. La operación de despegue la hemos practicado bajo techo sin dificultad: ella me alzará en sus dos manos, sujetándome por las cavidades del estómago, y dará el impulso inicial. Libre de sus manos, entraré suavemente en el aire.

"¿Mañana?", le suplico al cabo de varias prácticas, tantos ensayos que sólo pueden conducir al fin previsto, el único posible, y ella me dice "sí" con una sonrisa inalcanzable que me enternece hasta las lágrimas.

LA DIABLESA DE ARMIÑO

LO PRIMERO que llamó mi atención aquel mediodía, cuando una mirada seguramente involuntaria me mostró el cuadro desvalido de aquel vestíbulo de cine, fue la inusual cantidad de chinos que allí se encontraban, resaltando de manera inequívoca y particularmente llamativa, en medio de la ciudadanía corriente que nutre las funciones de los continuados.

—Mira qué cantidad de chinos —le advertí a mi amigo.

Y sin tener que ponernos de acuerdo, ociosos como andábamos, nos dimos vuelta y regresamos al lugar.

No nos detuvimos a contarlos; pero así, al solo golpe de vista, era evidente que un considerable desprendimiento de la colonia asiática había venido a parar allí. Sin duda que el desgarramiento que presenciábamos no se había producido propiamente en el ala más desvalida y magra de la colonia, donde se cobijan los deteriorados dependientes de lavanderías y fonduchos; pues aquellos caballeros amarillos que nos rodeaban vestían con ponderada corrección, lo que evidentemente los hacía más notables en medio del desaliño general. Debo advertir, por último, que en cuanto a la función, no se trataba de una tanda corriente de cine continuado, como habíamos creído al principio, sino de todo un espectáculo en vivo de *strip-tease*.

Un diálogo de mudos nos puso de acuerdo en el acto;

sacudí la cabeza provocando un recrudecimiento de cejas no desprovisto de malicia y mi amigo respondió resignado, elevando los hombros. En cuatro pasos estuvimos retratándonos en la taquilla.

Ni que decir que el aire estacionado en el vestíbulo, tan tímidamente iluminado, creaba en el ambiente cierta pesadez de agua salobre, un gusto ácido de vieja transpiración. Una mano pelada recogió los billetes y allí estábamos rodeados de unos pobres estucos, unas lamparillas tomadas por el polvo, un cielorraso de madera fúnebre, algo desorientados en el fondo y sin mucho que ver alrededor.

(La taquillera —lo advertí un poco más tarde, cuando casualmente volví a localizarla con la mirada—, la única mujer en todo el contorno, ofrecía un tinte opaco de ama de casa pobre y no sé qué imprecisa liviandad en toda ella —o en la sección del busto que se hacía visible—, como si detrás de la cota desteñida del uniforme todo lo sólido fuera una escueta armazón, sin otro contenido que un poco de aire inmóvil. Dos surcos descendentes que partían de los lagrimales, podían haber sido cavados por muchas y lentas efusiones de lágrimas, agotadas ya para siempre).

Muy cerca de nosotros, un cartel en colores de Burt Lancaster y un panel de fotos satinadas de los números del *burlesque* que íbamos a ver, recogían las miradas, acaso demasiado atentas, de dos criaturas muy diferentes entre sí: un ser pequeño, redondo, recortado, a medias calvo, con traje oscuro, que participaba del tono mate y lastimado de la piel; y el otro como puesto allí para hacer el contraste: metro y medio de arrugas en los pantalones, algo más de camisa sucia, de cuello nudoso, de pelos rizados y amarillos.

Mi amigo me haló por la manga. Acababan de correr la cortina de raso viejo que cubría la anchura de la puerta y se podía escuchar, de lejos, el sonido emparedado de una pequeña orquesta atacando los compases de una marcha. La música creció de golpe y vimos iluminarse el escenario de un

color rosa pálido que se encendía gradualmente hasta tocar el rojo, retornar por el mismo camino y languidecer en el blanco. Tal juego de luces, a la tercera ronda, acabó por hacerse aburrido.

Advertí en ese momento, mientras mi compañero encendía un cigarrillo, que la presencia antes dominante de los chinos se había disuelto por completo en la penumbra de la sala. Era que ya no podía asegurar que fuesen tantos como había creído al principio, a plena luz; podrían no pasar de cinco o seis ejemplares —todos minuciosamente pulcros, encharolados y vestidos de azul—, pues acaso había sido víctima de la extraña propiedad que parece pertenecer por todos los siglos a estos sigilosos asiáticos que andan regados por el mundo, y la cual consiste en el truco de reproducirse o duplicarse un número indefinido de veces, de manera que en medio de una multitud heterogénea, uno no puede asegurar que el chino que aparece a su derecha no sea el mismo que acaba de ver a su izquierda, guardando idéntica postura; y el otro que nos pasa por delante venga a ser el reflejo, la réplica instantánea y veraz de otro que en el mismo momento caminaría, quizás, a nuestra espalda, etc.

—Me parece que hemos botado la plata —se lamentó mi amigo apenas ocupamos nuestros asientos en la fila central. Y, en efecto, era evidente, a juzgar por las apariencias, que nada extraordinario podíamos esperar de todo aquello. La desmañada concurrencia, dispersa por todo el salón, tampoco demostraba el menor optimismo al respecto. Mal sentados en las butacas, piernas encaramadas mostrando el polvo de las suelas, bustos sumergidos hasta los pasamanos en la actitud de echar un sueño, otros charlando en el pasillo de espaldas al escenario o sentados en los espaldares. Nos daba la impresión de haber acudido demasiado temprano a un espectáculo que no llevaba trazas de empezar.

Sin embargo, la orquesta había acabado la obertura y sonó el redoblante. Alguien que debía ser el anunciador, un negrito

de chocolate con pechera blanca, salió al proscenio, vino con pasos impetuosos hasta las candilejas, y allí se paralizó unos momentos, una O congelada en el aro de tiza de la boca, observando sin expresión la escena desalentadora que representábamos para él. (Con respecto a nosotros, desde la ubicación del negrito, era fácil pensar en ese punto muerto que precede a la hora formal del ensayo de una obra en las mañanas, cuando los actores en mangas de camisa se mueven por allí ensimismados, susurrantes, vagando en una helada incoherencia, como si supiesen que todo intento por encontrar un punto de partida, algún pie que de pronto restableciera la memoria extraviada y desatara de una vez la acción, tenía que resultar fatigoso e inútil).

—Ese es el negrito *Happy* —observó mi amigo refiriéndose al anunciador, y con la misma lo vimos desaparecer casi en carrera. Una voz potente gritó en la oscuridad: "¡negro maricón!", y el negrito retrucó en el tablado, nos hizo la puñeta y se escurrió de nuevo por la cortina.

Un buhonero se sentó a nuestro lado. Sobre las rodillas colocó el cajoncito cargado de tijeras, peines y hojillas de afeitar.

Empezó la tanda y fue como si nada. Cierto que algunos asistentes precavidos se escurrieron sin prisa a las primeras filas de asientos; pero la mayoría del público prefirió esperar mejor ocasión.

Los primeros alaridos del negrito cayeron por completo en el vacío. Sandra, *La Colombianita de Fuego,* no tenía en verdad gran cosa que mostrar o tal vez mostraba demasiado para su edad, a todas luces respetable. Como la acompañaba uno de esos valses flatulentos que los músicos de teatro parecen inventar a medida que tocan, mezclando las rumias de cientos de viejos valses sin nombre conocido, ella limitaba sus evoluciones a un ir y venir de banda a banda del escenario; sus visajes eran de cupletista a quien sólo le falta el abanico.

Lo cierto es que, mientras ella se iba sacando sus prendas de flequitos de plata y lentejuelas, las que por unos segundos mantenía a distancia colgando de sus dedos como se sostiene y se larga una piltrafa, la orquesta hacía lo propio: aquel vals esquelético iba perdiendo gradualmente sus trapos, soltaba unas telas gastadas de saxofón y de trompeta hasta quedarse en la pura osamenta que era el tres por cuatro de la batería.

Unos pocos silbidos premiaron el último gesto de la doña, cuando, con dos estrellitas de plata en los pezones, se quitó la piecita de abajo y enseñó un casto montoncito de escarcha plateada en el lugar del pubis. *Happy* salió aplaudiendo y dando gritos y ella nos dio el trasero de una manera que resultó insultante, pues aquello que tan penosamente se movía en su mitad, era algo demasiado funcional, demasiado hogareño, un traste grande y bien sajado de señora de casa que va al baño. La impresión no fue mía únicamente: de alguna fila delantera partió una trompetilla larga y acuosa, lo que resultó un comentario, aunque veraz, en exceso prolijo para secundar mis discretas deducciones mentales.

Mi amigo bostezó a todo diente, y en cuanto empezamos a hablar de cualquier cosa por pasar el rato, nos dimos cuenta de que un grueso murmullo se había apoderado del aire, y que, de querer hacerlo, debíamos entendernos a gritos. Por allá salía la voz aflautada del negrito (el perfil de un chino salió del dibujo de rostros y se iluminó fugazmente. Estuvimos conectados por unos instantes, cuando él volvió la cara y todas sus facciones en relieve me enrostraron con una rutilante complicidad) diciendo no sé qué de "la empresa en su deseo de complacer al distinguido público... y ¡esto se compone, caballeros, despreocúpense, esto se compone!"

El tiempo vino a darle la razón, por suerte. Como a mitad del espectáculo, la concurrencia se había triplicado y gran parte de la misma se hallaba aglomerada en las primeras filas. Aquel desplazamiento había originado un pequeño tumulto cuya única víctima resultó ser un viejo a quien habían

derribado en mitad del pasillo y allí permanecía lleno de polvo, manoteando y berreando sin hacerse oír, como un fanático predicador. Volaban colillas encendidas. Una danza de tambores, bailada por una morena flexible de largos cabellos, recalentó los ánimos. Creo que hubo un conato de bronca del lado de la orquesta. Vi al flaco del saxofón tambalearse en medio de un nudo de cuerpos; pero mi amigo me halaba de la manga: al golpe de las tumbadoras, que había cobrado verdadera violencia, la negrita vibraba electrizada de pies a cabeza. El calor de los focos la había humedecido y brillaba un poco por el lado del vientre como un bistec jugoso. Yo tenía entre las cejas la visión de pavor en la cara amarilla del saxofonista; entonces volví la mirada a ese lugar y sólo encontré las cabezas en orden.

Happy deliraba corriendo y dando saltos y, finalmente, apareció Trina, *La Diablesa de Armiño,* sorprendente con su pelo plateado y la capa de piel que la envolvía. La orquesta silabeaba un *jazz* lento, apenas una melodía desangrada que flotaba por ahí sin objeto. Entonces Trina se desprendió de su tapado, alzó los brazos, sonrió de una manera deslumbrante y mostró de una vez toda la blancura de su cuerpo duro y armonioso.

—¡Esto sí es una hembra! —gritó mi compañero levantándose. Sólo nuestro vecino buhonero permanecía mudo y como humillado en su asiento.

Claro que Trina no sabía bailar, mas lo importante en ella era su manera arrogante, sobrada y vigorosa de desprenderse de unos breves tapadizos plateados, que al desaparecer agregaban nuevos territorios luminosos a aquel cuerpo torneado y movedizo que parecía interminable. *Happy* le iba detrás arrodillado, poniendo una cara famélica de suplicante, como arrastrado por aquellas nalgas rodeadas de luz, que a intervalos se sacudían de adelante atrás en una demorada convulsión que remataba en un chicotazo vibrante. Parecía que las nalgas, casi liberadas del remache de las caderas, al

retrucar, escupieran la cara del negrito. La algarabía era descomunal. Muchos se habían parado sobre los asientos, mientras que una masa impenetrable se condensaba bajo el escenario. Los más afortunados habían conseguido copar la escalerilla y la turba se detenía al borde mismo de las candilejas, revolviéndose contra sí misma, como rechazada por una valla invisible. Si alguno rompía de pronto la barrera, caía turulato, trastabillado en el tablado.

Desnuda del todo, Trina quedó de espaldas al público bajo un cono de luz; de pronto giró sobre sus pies y se mostró de frente con la mano debajo y luego escapó en puntas de pies, los brazos atrás, inclinados y tensos, y era como si el viento que parecía cortar con su cuerpo elevara tras ella un velo prodigioso.

El negrito, que se conocía el juego, nos instaba a traerla de nuevo con los aplausos: "¡ahora van a verlo, caballeros —sus dedos figuraban un triángulo en el lugar debido—; aplausos, caballeros, y van a verlo!", y algunos, encaramados en los brazos de los asientos, manoteaban con ira sobre la anónima negrura de las cabezas, arengando como oradores de barricada, y ella apareció de nuevo por el cortinaje, dio una vuelta entera sobre las puntas de los pies, brazos al aire y vimos todos, de un fogonazo, el montoncito negro en su lugar.

Unos pocos habían conseguido trepar al tablado desde el foso; *Happy* los enfrentaba haciéndoles fintas de payaso, y escapaba despatarrado. *La Diablesa de Armiño* había saltado sobre el piano y la veíamos crecer en un foso de brazos alzados.

—Van a linchar al negro —dijo mi amigo.

Pero ese tipo conocía su negocio. Se dejó corretear por el tablado, se dejó levantar en vilo, se arrastró como un gato apaleado pidiendo auxilio y, recuperado de repente, volvió a las candilejas a reclamar silencio.

—Está bien, caballeros, ella va a bajar, caballeros, no se molesten. Ella va a bajar.

—¿Dice que va a bajar aquí, desnuda?

Sentí miedo de veras.

—La van a matar —dije—. Grité, más bien, en medio del estrépito reinante que asfixiaba la voz del negrito. Pero él no cesaba de clamar su ofrecimiento parado en posición de *coach,* su traje negro de faena majado y cubierto de polvo, las tapas del chaleco abiertas y guindando, a medida que la desconcertada comparsa, que erraba todavía por el escenario, iba escurriendo hacia la sala, poco a poco. Vi de pronto en los ojos de mi amigo un chispazo de sangre.

Y fue cuando nos dimos cuenta del silencio. El escenario quedó solo. Las sombras sumisas regresaban a posarse en los asientos como aguas aplacadas. En el proscenio abandonado reapareció Trina. Lo cruzó en diagonal; bajó la escalerilla, monda, desnuda, limpia como una pieza de vajilla recién lavada. El negrito se sentó a la turca en mitad de la escena, junto al resplandor de las candilejas, y parecía que su frágil materia empezara poco a poco a derretirse, los codos en las rodillas, el mentón en los puños, mirándonos con un solo ojo blanco como un agujero en la pasta negra y carcomida.

Se oía el zumbido de los ventiladores y a lo lejos el bordón uniforme de la ciudad.

Trina, *La Diablesa de Armiño,* llevando una sonrisa de pasta nacarada, se paseaba, esquivando las rodillas, por las largas filas de butacas, único objeto móvil frente a las figuras congeladas.

CUENTAS VIEJAS

Es tremendo cómo cambian las cosas cuando uno deja de ver a un amigo por mucho tiempo y, sin proponérselo, vuelve a dar con él.

Eso fue lo que me pasó con Fabricio.

Nos habíamos tratado quince o más años atrás y, sin embargo, al revés de otros personajes, borrosa o definitivamente liquidados, guardaba una imagen muy clara de su figura; es decir, no de Fabricio solo, sino de Fabricio más las paredes amarillas, la puerta de resortes, los escritorios negros, el viejo Freites con su pelota en el pescuezo colgando en un saco de arrugas, y aquella gente asustadiza, seca y mal vestida que se amontonaba a todas horas en la oficina de Registro y Sorteo Militar donde trabajamos por cerca de tres años. Este escenario ha vivido pegado a mí a la manera de ciertos olores viejos que se nos atraviesan entre las ideas y, de año en año, aprovechan cualquier resquicio para hacerse sentir. Fuera de él, Fabricio carecía de toda autenticidad física; tanto que aun en aquellos días, si por casualidad me lo encontraba fuera de la oficina, no dejaba de sorprenderme cierta doblez, un engañoso parecido con él mismo, como si el Fabricio de la oficina fuera el original y éste una de esas fotos de estudio frías y retocadas.

Fabricio era, por así decirlo, el alma de la oficina: un tipo bochinchoso y bufón que a todo le sacaba punta. Era eficiente,

llenaba las boletas con letra palmer y de cada cien una usaba el borratinta; sin embargo, no perdía ocasión de fregar. El viejo Freites, que guardaba los clips en una cajita de sal de epson y usaba unos enormes pañuelos a cuadros que sacudía en el aire antes de sonarse las narices, no dejó un solo día de observarlo con una especie de paciencia sombría; esperaba que algo tremebundo cayera sobre aquel bromista y lo aniquilara para siempre; que entraran de pronto unos tipos forzudos con aspecto de policías secretos y se lo llevaran arrastrando en medio de pataleos y alaridos. En cambio los dos nos entendíamos maravillosamente, a pesar de nuestras incontables diferencias.

Siempre fui descuidado en el vestir, mientras Fabricio era un ejemplo de pulcritud bancaria. Su orgullo eran los trajes de sharquin drapeados, de bota estrechísima, y las corbatas hasta el cinturón. Era delgado, ágil y poseía cierta comicidad natural en sus rasgos: al sonreír (también podía hacerlo a capricho) la cara se le aflautaba como a Stan Laurel, de modo que provocaba risa con cualquier bobada. Mi temperamento me inclinaba más bien al linfatismo.

Algo que jamás hubiera podido imitarle era su facilidad prodigiosa para hacerse amigos en las otras dependencias de la Jefatura, el Catastro o el Registro Civil. A la hora del café, desaparecía en aquellos territorios hostiles, donde al momento se escuchaban coros de carcajadas. En esos entreactos, no era extraño verlo salir disparado hacia el patio central, huyendo de una empleada respetable, de edad madura, que lo perseguía con una regla. A la salida, las empleadas lo despedían con frases cómplices gritadas de una acera a otra: "me debes una, Fabricio", “acuérdate de aquello" y cosas por el estilo.

Una noche nos emborrachamos juntos. Era viernes, nos invitamos a una cerveza y la seguimos.

En la barra del bar "El Dólar" había un tocadiscos viejo donde Fabricio puso a dar vueltas a Leo Marini y Néstor

Chaires, hasta que sólo nos escuchábamos a nosotros mismos y gritábamos juntando las caras, fundidos por una amistad ardiente y gloriosamente nueva que nos abría todas las compuertas interiores y por ellas vertíamos sin medida una materia enfebrecida con sabor a lágrimas.

Antes de media noche, íbamos abrazados por unas calles solas que nos pertenecían por completo; despelucados y felices, devolvíamos a gritos los versos de Leo Marini, todos rotos y empastelados; de paso recogíamos en las mangas el almagre de las ventanas de reja. A Fabricio se le ocurrió el juego de llamar en los anteportones y escapar en carrera apenas ladraba algún perro o escuchábamos un ruido de muebles en el interior. A la esquina llegábamos jadeantes y trémulos. Seguíamos en puntillas y en la próxima cuadra repetíamos el juego.

De pronto estábamos en el zaguán de una casa vieja que olía a guardado. Una romanilla hacía de anteportón. Fabricio tocó discretamente y en ese instante voló el hilo que nos unía y nos miramos a las caras, conscientes de que ya no había nada que hacer: éramos atrozmente verídicos, igual que la luz yerta del zaguán, las paredes oscuras y todo un mundo enorme y silencioso que estaba latiendo en torno de los dos, sin remedio.

Más nos hubiera valido escapar; sin embargo, Fabricio debía hallarse tan inhábil en ese momento como si al verse ante un mecanismo desconocido, y sin imaginar lo que podría ocurrir, apretara el primer botón que tuviera a la mano. Fue así como empujó una hoja de la romanilla y ésta se abrió hacia adentro sin el menor ruido. De lo desconocido brotó un trozo de corredor amarillento, un pretil con tiestos y en el medio de todo una vieja esquelética que por cara mostraba un agujero irregular bordeado de grumos y borrones. En las manos sostenía un orinal de peltre.

—Le dijiste “perdone” y francamente no recuerdo nada más. ¿Qué hicimos después?

—No me acuerdo —me responde Fabricio.

Francamente no acabo de explicarme el motivo de esta visita. Han pasado quince años. En la cara de Fabricio aquel recuerdo de cine mudo, que nos hacía reír, ha sido suplantado por una especie de tic nervioso que, sin ser repulsivo, desconcierta. De una manera extraña ese gesto, que me recuerda a un fruto agriado por el tiempo, parece proyectarlo dentro de un marco irreal y a la vez tenso y agresivo, donde también se instalan unas butacas color vino, un piso de mosaicos, la cortina de tul y todo este escenario frágil que me ha estado agrediendo desde el comienzo. Fabricio está casado, tiene dos niños. La esposa es una muchacha agradable, sumisa, bien entradita en carnes: un tipo de madrina de club deportivo con algo de uso. Él no ha cambiado mucho su figura, aunque le asome la calvicie prematura al inclinarse para servir el whisky.

—¿Pero es posible que no te acuerdes de esa noche? —insisto—. Estuvimos bebiendo cerveza en “El Dólar” y como a las doce salimos borrachos. Tú empezaste a tocar en las puertas, tocábamos y salíamos corriendo. Después apareció aquella vieja en una casa extraña.

—No me acuerdo.

—Pero tienes que recordarte, Fabricio. Una vieja horrorosa. Lo que nunca supe fue qué hicimos después; si seguimos bebiendo o no sé. Desperté de madrugada en mi cama, y de la vieja en adelante, nada.

—Te aseguro que no me acuerdo de eso, palabra. Bebimos juntos varias veces, pero de eso, nada.

Con esto, la visita parece extinguirse del todo. Hemos agotado en una hora el capítulo de los recuerdos de oficina y no vemos otro que empezar.

Así transcurre todo un whisky en silencio. Ahora Fabricio

se ha puesto a mirarme de frente; de pronto inclina el torso y cruza los brazos sobre las rodillas.

—¿Sabes que Rosaura se suicidó?

—¿Cómo?

—Que se mató. ¿No lo sabes?

Yo sé a quién se refiere, ¡maldita sea! Un hormigueo furioso corre por mi cabeza.

—De seguro que no sabes nada —sigue con un dejo de calma insultante—. Tú dejaste el trabajo un mes antes. Ella se suicidó porque estaba en estado.

No sé cómo se me ocurre sonreír ahora; no quise hacerlo, pero hace un momento que todo lo de arriba se me ha desprendido y anda por su cuenta.

—Ella era una muchacha buena, ¿sabes?, hija única; trabajaba allí, en el Catastro, por necesidad. ¿Sabes una cosa? Si te hubiera encontrado en esos días, en serio, te hubiera caído a patadas.

Bebo un sorbo y permanezco rígido.

—Beatriz —habla de su mujer— y ella eran buenas amigas. La pobre se encerró en su cuarto cuando la familia salió para el cine; se tomó un frasco de ácido muriático, y a las dos horas la encontraron medio muerta, mordiendo la almohada. Murió en el camino al hospital. ¿Qué te parece?

Un golpe de brisa me alcanza; no sé qué de hojas secas, de tierra mojada; la abrazo en el árbol con una ternura aplastante, imposible, que me llena de ojos y cabellos y palabras cortadas. Una grieta se abre, se dilata y sé que no podría decir una palabra.

—No sé si te interese saber cómo nos enteramos —estamos tan lejos el uno del otro como si una distancia de años vacíos nos separara; Fabricio concentra la mirada en su mano derecha, distraído en un juego de uñas—. Bueno, tú fuiste un poco descarado, sobre todo tratándose de una muchacha decente; y, además, la casualidad: las citas en la plaza, por ejemplo. Freites vivía en frente. ¿Nunca lo viste sentado en su

silla de extensión frente a su casa? Lo hizo hasta su muerte. Además, Beatriz trabajaba entonces en el Registro. Éramos la misma gente. Después que desapareciste, se presentó en la oficina la mamá de Rosaura. Fue un drama, como comprenderás.

Fabricio ha soltado una risa fingida, al tiempo que se inclina para poner hielo en los vasos.

—El tiempo lo cura todo, ¿no crees?

Un momento después se levanta y sale de la sala. Regresa con el menor de los niños en brazos.

—Lo lamento, viejo —acabo de abandonar la butaca; siento un peso idiota en mi cabeza—. Me olvidé que tenía que acompañar a Beatriz a una comida. Otra vez nos vemos, ¿sí?

ALUSIONES DOMÉSTICAS

CUANDO fue a abrir la puerta del cuarto de baño, se dio cuenta —por cierto con escasa sorpresa— de que su mano derecha había quedado pegada al picaporte, cada dedo soldado al pomo de metal. Una corriente fría le subió por la espina y se deshizo fácilmente en su cerebro. En el mismo momento, creyó sonreír interiormente (dejando actuar a esa segunda imagen nuestra, seguramente incorpórea, encargada de realizar ciertos gestos que nunca se proyectan al exterior, aunque en su territorio secreto posean un íntimo poder de convicción) y lo hizo de una manera evasiva y piadosa, como si se disculpara a sí mismo de haber cometido una torpeza involuntaria.

—Ya me pasó, ¡caray! He debido estar prevenido.

Confusamente había estado esperando, quién sabe desde cuándo, que un incidente de esta u otra naturaleza se iba a presentar en cualquier ocasión, aunque el momento preciso del hecho y mucho menos la circunstancia actual de la puerta, jamás hubieran entrado en sus cálculos. En realidad, nunca se había detenido a imaginar la clase o las características del accidente que habría de venir. Ahora que se trataba de un hecho cumplido, sería cosa de esperar y tomarlo con calma.

Una risita escurridiza y cómica de taimada inocencia, que daba la imagen común del pobre diablo pillado infraganti por

un agente de tráfico, se le vino a los labios sin querer. ¿Qué hacer ahora? Olvidar el asunto, hacerse simplemente el desentendido y, por ejemplo, quedarse de lo más tranquilo mirando al techo, silbando distraído... y ¡zas!, zafarse por sorpresa a la primera ocasión propicia, era dejarse seducir tontamente por una treta ineficaz.

Probó a liberarse por sus propias fuerzas, pero sólo para comprobar que toda su energía muscular se detenía en los huesos de la muñeca y que la mano continuaba endurecida y seca, pegada al picaporte como una herramienta trabada.

—Lucila —llamó.

En el sofá del estar, sentada sobre las rodillas, con su bata de cuadros azules, sus pantuflas de felpa, el pelo sembrado de rizadores y una capa de crema *Nivea* en las mejillas, la mujer escuchó la llamada, hecha en el tono inconfundible de quien está en apuros y adelgaza deliberadamente la voz para no crear alarma.

Dejó a un lado la revista que estaba leyendo, y fue a atender.

—Mira —dijo él, mostrando con los labios la mano trabada.

—Ya está; tenía que sucederte a ti, a ti precisamente, ¡hoy, precisamente!

Él se encogió de hombros, sonrió con dulce timidez.

—Eres una calamidad, Lorenzo.

Lucila probó a separar los dedos valiéndose de todos los suyos, y no tardó en convencerse de su impotencia. Resignada, dejó caer los brazos y expelió bruscamente el aire.

—Puuuuuf.

—¿Qué hacemos ahora?

Lorenzo no se atrevía a decir palabra. Con cierto disimulo, bajó oblicuamente la mirada en un gesto expresivo que quería decir: "hazlo, entonces; ¿qué remedio nos queda?"

Y la mujer se le puso detrás, resueltamente lo enlazó con ambos brazos por el vientre, hizo a un lado las pantuflas y

afirmándose sobre los talones, se fue de espaldas, tirando del marido con todas sus fuerzas. Lorenzo, a su vez, contribuyó agregando el peso de su cuerpo y halando de la muñeca con su mano libre.

La lucha enconada continuó en silencio por algunos momentos y de cuando en cuando, la mujer dejaba escapar un bufido. No pasó mucho tiempo sin que apareciera Luciano, el hijo mayor, que volvía del liceo. Dejó en un sofá su carpeta, y al observar lo que pasaba se agregó a la cadena, enlazando debidamente a la madre. María Lorenza y Juancito, los menores, entraron minutos después, pidiendo a gritos su comida, y ellos también, de mayor a menor, pasaron a agrandar la fila.

Todo iba bien, aunque sin resultado aparente, cuando Juancito, el más pequeño, tuvo la ocurrencia de hacerle cosquillas a su hermana. María Lorenza soltó en el acto la risa y, a su vez, cosquilleó a Luciano, quien alborotó a la madre y ésta a su marido. En un momento, la cadena se vio estremecida por la más alocada agitación. Las cabezas se sacudían sin freno, los cuerpos se contorsionaban puestos en temblor todos los músculos y sólo los pies continuaban afirmados al piso. Los gritos, las carcajadas se volvieron frenéticos. La actividad de los cuarenta dedos, que sin soltar su presa arañaban a un tiempo, recrudecía a cada momento. Voces ahogadas, sin aliento ya, chillaban, suplicaban: “por ahí no, más arriba, cuidado, basta por Dios"... y de repente sucedió el derrumbe: la mano de Lorenzo resbaló en el pomo y uno tras otro los cuerpos fueron a dar al piso en medio de un grito general.

Lorenzo fue el primero en levantarse; contempló a su familia regada en el piso y tosió por dos veces a modo de discreta advertencia.

Apenas el orden quedó restablecido, Lucila siguió a su marido hasta el cuarto de baño, cerró la puerta y en voz baja lo recriminó:

—Debes tener más carácter con tus hijos, Lorenzo; siempre he dicho que eres demasiado débil en tu casa.

Al quedarse solo, el marido se miró al espejo, hizo una pequeña mueca amistosa y pensó con nostalgia que a estas alturas había perdido sin saberlo, quién sabe cómo o dónde, una gran parte de su vida.

¡NIXON NO!

¿P*OR QUE coño he venido a parar aquí?* Las mesas vacías, increíblemente solas a esta hora, las dos de la tarde, en que el tumulto es habitual en el restaurante “Alvarez”, tanto como la acometida de los mozos que se cruzan cargados de platos vaporosos y la espera junto a las columnas encaladas de los grupos de comensales retrasados que trabajan en las oficinas y los almacenes de la cuadra, todos de un mismo empaque de mediana prosperidad, joviales y entretenidos, pasándose la voz de un bigote a otro, de una a otra dentadura, como una bola de saliva y aire caliente que nadie quisiera dejar caer, como si temieran verla hecha trizas en el dibujo arábigo de los mosaicos; y en menor cantidad, mujeres aclimatadas a una robusta soltería, más discretas, acaso, en su comportamiento, aunque sin llegar a reprimir una que otra carcajada chillona que haría volver la cabeza a ese tipo de cliente solitario y malhumorado que nunca deja de mostrar su mediano compendio de fealdades en estos lugares. Vacías por completo, cubriendo de una soledad frágil todo el cuadro del patio central y los corredores laterales; silenciosas, con sus manteles blancos bien cuidados, sin excusar alguna rotura remendada aprisa; y en los cuadrados uniformes, alzaprimados por pliegues rectilíneos, una reiteración premeditada de la misma composición, cuya apretada simetría queda parcialmente diluida en la opacidad del blanco: los

vasos con servilletas de papel puntiagudas, uno frente a cada juego de platos, un solo modelo de vinagrera de tres piezas de cristal rugoso y el cestillo de mimbre para el pan; los mozos, retirados a sus puestos de vigilancia, atentos a la orden de ataque; piezas de edad decrépita, tal vez irreconocibles de puertas afuera, un brazo planchado a lo largo de la chaqueta y el otro cruzado sobre el cinturón a modo de percha para sostener el paño todavía intocado.

No he debido entrar (es lo que pienso, una vez instalado en una mesa para dos del corredor derecho, mientras despliego el trozo de almidón calcificado encima de mis piernas); *ni siquiera tengo apetito.* (Mientras, paso la vista sobre la lista del menú que el mesonero ha puesto a mi derecha; leo aprisa, como saltando sobre humedades y charcos de salsa en busca de algo seco y rápido que pudiera comer en este momento). Y antes me contuve recogiendo velas al borde de aquel panorama inmóvil, estacionado en una calma ya casi resignada al día perdido, después de haber cruzado a brincos el aire despojado y tibio del zaguán, sin una sola idea en mi cabeza, donde todavía no hay más que sol y ruidos, y allí quedo de golpe, desprendido de la multitud, vuelto a mi caso único y particular, y sigo aturdido por algunos segundos, mientras me voy cubriendo de poros desde abajo, como una espuma ascendente, y al cabo queda lista toda la envoltura caliente de la piel.

nixon con cara de perro afeitado de bajo pedigree recorriendo todo el mundo ajeno con sus pistoleros rubios de luger en las costillas y su mujercita que le pasaron la mano en maiquetía cuando iba a empezar a sonreírle a los ratoncitos de la prensa todos amontonados y aguzando sus cámaras sacudiendo sus guindalejos sin que ninguno se

atreviera a atravesar la distancia prevista ni romper el vidrio imaginario que los separaba de aquellas hileras de dientes bien cuidados como si fueran peces raros en un acuario el 13 de mayo de 1967 con todo el pueblo embochinchado en caracas y la gente decente chorreada de miedo en sus casas cientos de litros de saliva regados por toda la avenida sucre y los teléfonos llenándose de ladridos en la embajada americana pueblo de mierda gritaban en las oficinas de palacio y nunca se había visto nada semejante al cadillac negro todo sudado de gargajos chorreando baba puteado hasta la misma madre le entraron a patadas como hacen los policías en el barrio negro y un tipo que le dio un puntapié del demonio salió en la portada de times y se fregó para toda la vida pasó tres años preso y después en el barrio le decían míster nixon y allí estábamos como fieras frente al panteón gritando nixon no con una alegría enorme sin preocuparnos de los soldaditos que estaban haciendo guardia con sus uniformes de gala y lo demás de adorno y el pobre individuo del tamborón sudando tinta pues le iban a tocar el himno nacional y él pensaba ponerle una corona a bolívar y se hizo esta nixon no se les quedó todo comprado para la recepción y los centenares de copas que se iban a llenar de demi sec se quedaron en fila como los cadeticos de natilla de conejo blanco y ni una sola se levantó a tiempo y allí estuvimos nixon no hasta que ya sabíamos que estaba enculillado y que no iba a venir y nos dispersamos calle abajo.

Cuántos habrán muerto en esta casa... hasta que se quedó sola y decidieron poner un restaurante y olvidarlo todo. Quizás antes pasó por muchas manos, aunque eso no era lo más probable, pues estas mansiones del 30 siempre recuerdan

a una sola familia de tres apellidos donde hubo generales y ministros que paseaban en enormes Packards con ruedas empotradas en los guardabarros y eran los avechuchos negros y en chisterados de las recepciones de Villa Zoila. Los mortuorios y las recepciones atraían a una multitud de elegantes y la calle, por ambos lados, se llenaba de *limousines* negras. En las ventanas se arracimaban los curiosos para admirar las pompas fúnebres y el dolor húmedo y pesado que parecía evaporarse en la gran sala; el féretro hinchado de coronas y un grueso olor de flores. El gran cadáver se extendía como el aroma de un banquete por toda la casa y la lavanda inglesa se derrochaba en las habitaciones.

Los empleados de la funeraria, negros acartonados, demoraban el final, recogiendo despojos y los enseres del servicio, y desde entonces el hálito mortuorio quedaba adherido como un polvo amargo a los estucos y a los tapizados.

Lo han pintado todo, retiraron cancelas; de las ventanas y las grandes puertas que daban a los corredores, sólo permanece la memoria rígida de los marcos ornamentados. Ahora todo parece una decoración escueta; sin embargo, el olor a vieja muerte que debe estar dentro de mí, se escapa y toma el espacio de la mesa.

Aún no encuentro nada que elegir. *En medio de la dispersión final, con la garganta ardida, sajada a gritos, los comercios cerrados, gente de hogar agolpada en las ventanas de los edificios, asomando unas caritas de mentira, como si uno los estuviera viendo en fotografías al día siguiente, y uno y todo aquel gentío desmelenado, de camisas abiertas bajando; destrozos de pancartas en el piso, el resto de una furia despellejada.*

Pero aquí no llega el ruido de la calle; tal vez ahora se haya quedado sola, regada de papeles y algún zapato abandonado. El mesonero aguarda con el lápiz en alto. Tengo las manos pegajosas. Entonces me entran ganas de decirle, sin mirarlo

siquiera, como si lo que ya iba a reventarme como una burbuja en algún lado del cerebro lo estuviera leyendo allí, en la carta: *aquí huele a muerto, ¿verdad?,* y por un instante pienso en lo que pasaría un segundo después, alguna especie de fractura violenta, de agua desbordada, irreparable..., pero no hay caso: *uno es una mierda y está listo;* en vista de lo cual, ordeno un pasticho horneado a la romana.

SÁBADO POR LA NOCHE

¿ALO?... ¿Quién está ahí?... ¿Eres tú, Eloísa?... ¡Eloísa, respóndeme!... Te habla Ricardo.

Ninguna respuesta en el aparato. Apenas un golpe de aliento fuerte, intermitente, que ahoga los pequeños ruidos de la línea.

—Yo sé que estás ahí, Eloísa. ¡Habla, chica!... ¡Eloísa! Ricardo da un puñetazo sordo a la pared. Ha comenzado a gritar.

El gordo propietario asoma los bigotes de alambre de cobre al mirar por encima del hombro.

—¡Ricardooo!

—Eloísa, éste es un teléfono público, ¿entiendes? —El tono es diferente ahora: estruja poco a poco las palabras en medio de una suavidad contenida, meliflua, impregnada de rabia. —¿Vas a contestar o no, mi amor?... ¿O es que lo estás haciendo a propósito, mi amor?

—¡Ricardo! —Es uno de sus compañeros de mesa, Julián, quien lo llama por segunda vez. Con relación al codo de la barra, en cuyo extremo se halla el teléfono, la mesa aparece parcialmente oculta por una columna vestida de espejos que se achanta en el centro del local. Julián, que es enteco y chupado, de una complexión frugal y enfermiza, acaba de levantarse arrastrando la silla, aparece por la curva de la columna y en dos tirones se arranca la corbata; entonces

Ricardo cubre el tubo y responde con un grito apagado:

—¡Cállense! —Destapa, sigue: —Eloísa, no te quedes ahí como una imbécil. Si no vas a contestar cuelgo, ¿oíste? Voy a colgar ahora mismo, ¿entiendes? Voy a contar hasta diez y cuelgo.

Un vendedor ambulante, fofo y corpulento, aparece silenciosamente a su lado; lo envuelve un aire casi desdeñoso de vagancia inútil, de opaca y monótona embriaguez, y parece que hubiera brotado del aire mismo, liviano y apagado. Sin pronunciar palabra, le pone delante de los ojos una mano erizada de baratijas de colores. Ricardo intenta despacharlo mediante un seco movimiento de cabeza, pero el hombre continúa allí, el codo fundido al refuerzo torneado de la barra, sin moverse, y Ricardo, dándole la espalda, ahoga entre ambas manos el aparato y se lo incrusta en la mandíbula.

—¡Eloísa!, si te estás riendo te va a pesar. Te juro que te va a pesar, Eloísa, por mi madre. ¿Me oyes?

Nada aún en el tubo, que es una concha húmeda, tibia, con vahos de dentaduras. Ricardo taconea exasperado y finalmente agrega en un tonito indiferente que avanza a salticos, marcado cada punto con una misma inflexión aguda: —Está bien. No espero más. Correcto... —y en ese momento, el oscuro aliento del tubo cesa de repente y es sustituido por un largo silbido uniforme.

Ricardo arroja la bocina. Se aclara la garganta, lanza una mirada de desprecio al vendedor, que parece sonreír extasiado, y antes de desprenderse de la barra, se agarra a la pretina del pantalón y tira de él con violencia.

—Bueno, ¿Qué opinas del asunto, Ricardo?

—¿Qué?

Por el momento no prestaba atención a la charla. El

buhonero que se había venido tras él, volvía a estar a su lado y le enseñaba la palma de la mano donde se amontonaban hasta seis u ocho cajas con inscripciones y colores diferentes.

—El asunto de Mercedes, hermano —trazó un doble paréntesis con ambas manos—. Lo que veníamos hablando ahora.

—Ah...

Alfonso, el tercero en la mesa, estalló en una carcajada cloqueante y acercó la cara.

—Yo —se enterró el pulgar en el pecho— conozco el asunto de Mercedes, lo conozco desde hace tiempo, no de ahora... y no porque tenga nada que ver ahí...

Le cayó un manotazo en la espalda, Ricardo lo empujó por el hombro y Alfonso pareció arrugarse y encogerse de pies a cabeza como si viniera sobre él una lluvia de piedras.

—Cuenta, cuenta...

—Bueno, ¿quién en la oficina no ha tenido alguito con Mercedes? Tú fuiste el primero, Ricardo, y después tú, Julián, ¿no? ¿Pero quién la arregló primero? ¿Quién, antes de Cariucho?

—Nadie. Eso soy capaz de jurarlo. ¡Nadie!

—Carlucho. Car-lu-cho.

—Y Carlucho no se puede comparar con ninguno de nosotros, es la verdad.

—Evidentemente. ¿Y qué?

—¡Dos más! —gritó Julián, mientras Alfonso, resoplando, se desprendía de su corbata. Ricardo examinó con cierta serena gravedad una de las cajas.

—Son especiales —dijo el vendedor—. Son lavables.

—¡No me digas!

—Ya empecé a sudar —dijo Alfonso—. ¿Qué me pasa? —Era un tipo sanguíneo, de rostro circular y blando donde dormían unos ojos redondos y sin luz.

—Ahora vamos a ver cómo sucedió todo. ¿Quién los vio primero?

—Fue el tipo del estacionamiento. El pasó la alarma. —Y aquí Ricardo hizo una morisqueta divertida, hundiendo profundamente las comisuras y elevando los pómulos de modo que el mentón puntiagudo brotara como un espolón astillado. Julián rió con desgana.

—Exacto, exacto; ése es el tipo...

—Ella bajaba de última y Carlucho la esperaba en el carro, leyendo *Mecánica Popular*. Así estuvieron más de dos semanas. El tipo vio cuando él le agarraba las piernas.

—¿Pero la estaría cogiendo? Dime sinceramente, Julián. ¿La estaría cogiendo Cariucho?

—No sé.

—Y si no, ¿por qué ella se iba a tomar las pastillas?... ¿Por gusto?

—¿Y si fuera otra cosa, otro problema, otro problemita de ella?

—¿Qué problema va a tener Mercedes?, dime.

—¡Pero vean esto! —gritó Ricardo. Habían sacado de la caja un papelito impreso en rojo y lo leyó con voz de anunciador de radio: “Durex. Gossamor. Sensitol Lubricated. El único lubricante agradable y fácil de usar. Verdaderamente... ¡ni se siente!".

El papel pasó de mano en mano y las risas se prolongaron por más de un minuto, sin que la dulce paciencia del vendedor se alterara en lo más mínimo.

—Cómo se me escapó esa mujer. Yo no me explico. —Hincó los codos en la mesa y las caras formaron un círculo lleno de avidez.

—Tú sabes que yo la llevé a un hotel.

—¡No!

—La llevé. Estuvimos en un hotel. Los dos.

—¿Cuándo?

—Después de la fiesta de la oficina, el año pasado. ¿En qué mes fue?

—Marzo. ¿Y qué pasó?

—Marzo, justo en marzo. Bueno... fuimos a un hotel... y estábamos ahí.

—Correcto.

—Y no pasó nada.

—¿Cómo?

—No pasó nada. ¿Por qué?

Los tres volvieron al respaldo de sus asientos y permanecieron en silencio.

Ahora el bar ha empezado a animarse. (Habían entrado cuatro parroquianos jóvenes vistiendo *jaquets* y pantalones sucios y se dispersaron por todo el local hablando a gritos. Uno de ellos, alto, pernudo, pelos hirsutos y amarillos, fue directamente a la rocola. La música brotó de golpe, monstruosamente hinchada, más grande que todo el salón). Ricardo ríe mientras se guarda la caja en el bolsillo, pero el vendedor aún no se mueve de su lado. En este momento, el mesonero, listo para comenzar su turno de la noche, sale por la puerta que hay a un lado de la barra, al extremo opuesto del teléfono, donde están la caja registradora y la compuerta que da entrada al bar, y, tras de arreglarse la estrecha chaquetilla azul y blanca, recorre poco a poco las mesas repartiendo una mirada lenta, huraña y pensativa. Un hombre grueso y encorvado, con aire de fatiga, pone el maletín en la barra y se encarama a un taburete. Otros dos, fornidos, frescos y recién lavados, cruzan los batientes de la puerta central. El anuncio —Bar Capri—, estrena una luz roja, azucarada, sobre la armadura de fórmica cargada de botellas.

—¿Aló?

—Ah…

—¿Estás ahí, chica? ¡Contesta!

—No te voy a contestar.

—Contesta, Eloísa. Te habla Ricardo. ¡Ya basta!

—¿Qué pasa?

—Ah... al fin respondes, ¿no? ¿Por qué no me contestaste la otra vez?

—¿Qué quieres?

—Ahora sí me respondes, ¿no? ¿Por qué no me contestaste la otra vez?

—Te contesto para que no me estés molestando toda la noche, Ricardo. Son las nueve ya.

—No seas estúpida. ¿Aló?... A ti te da lo mismo que te llame o no, ¿verdad?

—¿Y qué gano yo con que tú me llames, Ricardo? Haz el favor de decirme, ¿qué gano yo?

—Nada. ¿Qué vas a ganar? Demasiado imbécil soy yo llamándote y preocupándome por ti, ¿no crees?

—No me hagas reír.

—¿Qué? Pues me preocupas, ¿oíste? Sí, yo, siempre yo, ¿verdad? Me pre-o-cu-pas, aunque no lo mereces. Y no por ti, sino por Ricardito.

—¡Déjame tranquilo a Ricardito ya!

—No grites.

—Tú siempre lo sacas a él para todo. Te debería dar vergüenza nombrarlo.

—Ah, no, Eloísa, con mi hijo no porque no te lo aguanto. ¡No te rías! Ricardito es una cosa aparte. ¡No te rías!

—Él no es tu hijo.

—¿Qué no?

—¿Ricardito?... No, él no es tu hijo.

—Eloísa, no me arreches. ¡No me arreches así, Eloísa!

—Pues fíjate que yo estoy muy tranquila. ¿No ves que me estoy riendo?

—No seas perra, Eloísa, no seas perra te digo. ¡No me jodas así porque soy capaz de matarte!... ¡Por Dios que te mato si te vuelves a reír, Eloísa!

—No es tu hijo y no es.

—¿Entonces yo no te lo hice?... No te lo hice, qué va. No me hagas reír tú, chica.

—Claro que me lo hiciste, ¿quién más? Y yo me arrepiento, ¿oíste? ¡Me arrepentiré toda la vida!

—Bueno, se acabó entonces. Hace dos semanas que no te veo y no te veré más, ¿correcto?

—Bueno.

—Habla, pues, di algo.

—¿Qué voy a decir? Habla tú, ¿no me llamaste?

—¿Entonces, qué es lo que tú quieres?

—Nada. Me llamas porque estás borracho, como siempre.

—Entonces vete a la mierda, ¿me oyes? ¡Te lo digo en tu cara! ¡Vete a la misma mierda!

—¡Sucio! ¡Un sucio es lo que eres!

—¿Cómo? Habla más fuerte, Eloísa.

—Ricardo, por amor de Dios, no me atormentes más. ¡Déjame! ¡Te lo pido, te lo suplico! ¡Déjame tranquila, por Dios!

—Está bien... está bien.

—Es que no resisto más, Ricardo. ¡No puedo! ¿Hasta cuándo vas a atormentarme?

—Yo nunca te he levantado la mano, ¿me estás oyendo? Te he soportado todo, Eloísa, ¡Todo! Porque yo también tengo de qué quejarme en mi hogar.

—¿Tú qué? ¿Por qué no callan esa música?

—No puedo...

—¡Anda a divertirte con tus mujeres!

—¿Cómo?

—¿Con cuál de ellas andas?

—No seas necia, Eloísa. Piensa un momento, por favor. ¿Tú estás segura de que ando con mujeres? ¿Te consta que ando con mujeres?

—Claro. ¿Con quién más vas a andar?

—Okey, ando con mujeres. Correcto. ¡Ando con cien mujeres... con cien mil mujeres! ¿Tengo derecho, no? Me

parece que tengo derecho. Tú no puedes decir que has sido mi esposa últimamente y no es por mi culpa, por culpa mía no es, ¿verdad?

—No, qué va a ser. Como a ti te encanta estar conmigo... te fascina... ¡Cállate!

—Voy a colgar, Eloísa... Voy a colgar... no te rías... ¿Aló?... ¡Eloísa!

Se hablaba a gritos en la mesa, junto a la columna, en medio del salón repleto. Alfonso aferró a Ricardo por el bíceps. Su cara amoratada y blanda chorreaba un caliente sudor.

—Hermano, dime sinceramente, sin que te quede nada por dentro, ¿tú crees que yo tenga la culpa?

—Bueno, tú sabes cómo son las mujeres. —Ricardo volvió a llenar los vasos.

—¿Tú puedes entender a las mujeres?

—Imposible. —Julián sonreía divertido sobándose las manos.

—Pero yo la quería, hermano. Eso te lo juro. Te lo digo sin que me dé vergüenza. ¿Es que no se puede querer a una mujer? ¡Yo la quería!

—Correcto.

—¿Por qué no vas a poner un disco?

—¡Y tú no sabes lo que sufrí por esa mujer! Yo me hubiera matado como un macho. Tú no comprendes, porque para ti todas las mujeres son iguales, Ricardo. Pero yo soy diferente, hermano; cualquiera cree que no, pero así es. A mí las mujeres me joden. ¿Tú serías capaz de llorar por una mujer?

—Bueno, depende.

—Depende no. ¿Tú serías capaz de llorar por una mujer?

Julián sorteaba las mesas, en un intento accidentado de

llegar hasta la rocola.

—Espera.

Ricardo fue tras él, dejando a Alfonso con la boca abierta y una lágrima congelada en el flanco de la nariz.

—Alfonso está borracho.

—Ya te lo dije: Alfonso no puede beber con nosotros.

—¿Por qué no nos vamos para otra parte?

—No sé, espera. ¿Tú quieres decir donde haya mujeres?

—Bueno...

—Ahorita se aparece por aquí una candidata.

—¿Quién?

—Una que viene todos los días como a esta hora. Se sienta ahí a comerse un sánguche. Es una catira como de cuarenta años, extranjera... tal vez tenga menos. Yo la he estado observando, no sé.

—Te digo sinceramente, lo de Alfonso da vergüenza; es un bolsas con las mujeres.

—¿De quién estaba hablando?

—Qué sé yo, de una mujer.

Y volvieron rápidamente a la mesa. Alfonso, descoyuntado ya, cabeceaba como si sus embrutecidos pensamientos (aquella historia empastelada que no había terminado de contar) le pesaran una enormidad. De cuando en cuando, lanzaba un resoplido espumoso.

—¿Eloísa?

—¿Ah?

—Soy yo otra vez.

—¿Quién?

—Ricardo, yo.

—¡Ah!...

—Eloísa, te estoy llamando...

—Ricardo, ¿me puedes oír todavía? Entonces, óyeme: son las once. ¡Haz el favor de no llamarme más!

—Yo llamo a mi casa cuando me dé la gana.

—Vas a hacerme despertar a Ricardito.

—Entonces no grites, no grites tú, hazme el favor. Oye lo que voy a decirte: ya me estás jodiendo demasiado tú, Eloísa. Ya no te voy a soportar más.

—Se te nota que estás borracho. ¿Por qué no me dejas tranquila? ¿Estás bebiendo, no?

—¿Y cómo quieres que no beba?... Óyeme, por Dios. ¿Tú crees que uno puede vivir así?... Yo soy un hombre, ¿me entiendes?... ¿Qué es lo que pasa, Eloísa?

—¿De qué?

—Eloísa, por favor, tú estás acabando con mi vida, ¿me oyes? Ya no puedo más, Eloísa, ¿por qué te imaginas que estoy bebiendo?

—Yo qué sé. ¿Por qué?

—Porque ya no puedo soportar más; un hombre tiene su resistencia, pero alguna vez se desespera, se vuelve loco.

—Claro.

—¿Verdad que sí, no? El otro día te vi..., el otro día en la calle.

—No salgas ahora con eso. ¡Mentiras!

—Ibas cruzando la calle, ¡te lo juro!

—¿Andaba con Ricardito?

—No, ibas sola. Llevabas tu vestido verde, ¿te acuerdas?

—Era el azul. ¡Déjame, Ricardo!, tú no tienes derecho a molestarme más.

—Óyeme... ibas con el vestido verde.

—Yo iba a hablar con el abogado.

—¿Qué? ¡Tú no hablas con ningún abogado sin mi consentimiento!, ¿oíste? ¡No hablas con ningún abogado, porque lo mato!

—No grites.

—¡Te juro que si hablas con el abogado, lo mato! ¿Con qué

abogado hablaste?

—No hablé con él... no quise entrar, no pude, Ricardo. Yo no sabía que tú me habías visto.

—No llores. ¿De verdad no hablaste con el abogado? Yo sé que tú no eres capaz.

—Tú no me quieres, Ricardo. No mereces que llore por ti. Mi vida es un infierno.

—Es por tu culpa, Eloísa. No llores, mi amor.

—No estoy llorando. ¡Es que no puedo más! Tú no tienes sentimientos, Ricardo.

—Oye, ¿tu mamá no ha vuelto?

—Yo no quiero que venga, la corrí de la casa.

—Tenemos que hablar, ¿oíste? Vamos a hablar, ¿no?... ¿Ya Ricardito se acostó?

—¿Quién? No te oigo bien, Ricardo.

—El nené. Te hablo del nené, Eloísa.

—Ahorita se acaba de dormir. ¿Dónde estás tú?

—En un bar, con dos muchachos de la oficina, palabra. No llores... Estoy bebiendo, mija... No puedo más, ¿entiendes?

—Me dijeron que vivías en un hotel. Te vieron.

—¿Quién?... Oye... Yo te vi la otra tarde, ¿dónde fue?... ¿El viernes, no? Por poco nos tropezamos... tú cruzaste la calle...

—Ricardo... si vas a dejarme no me lo digas... Yo no quiero verte más.

—Mi amor... óyeme... Yo no aguanto, ¿comprendes? Tú sabes cómo soy yo, ya no aguanto más.

—Cállate.

—¿Cómo estás?... Estás desnudita...

—¿Cómo? Se oye mal.

—¿Cómo estás ahorita? Tú me quieres, ¿no?

—Cállate.

—Dilo, anda... ¡A que no te atreves! Yo sé... ¡Estás divina!

—Cállate, loco.

—Mira, mira... Aquí hay demasiada gente... oye bien...

—¿Qué?

—Aquello... ¿Tienes ganas?
—Tú lo que quieres es volverme loca.
—¿No tienes ganas? Dime la verdad.
—Perro. .. Mira que no quiero reírme.
—¿Qué?... Voy para allá, ¿quieres? Shiiit... Oye...
—No te atrevas. Tengo a Ricardito en la cama. —Oye, ponlo en la cuna.
—¿Ah?
—¿Qué pasa?... ¿Voy para allá?
—No dejaré que me toques así te mueras.
—¿Aló?... Oye... Me esperas, ¿no?
—Júrame que no vas a tocarme.
—Claro, te lo juro. Ya voy.

Julián puso cara de llanto.
—¿Te vas?
Ricardo se ponía velozmente el paltó.
—Sí, hermano, lo siento.
—¿Pero me vas a dejar con este borracho?
—Oye... no digas nada... Tengo un chance... —y dibujó un rombo, uniendo los pulgares y los índices.
—Bueno, siendo así... ¿Lo arreglaste por teléfono?
—Sí, ya está listo.
—¿Me cuentas después?
—Correcto. Chau.
Alfonso levantó vagamente su hinchada cabeza repleta de éter y se desplomó pesadamente en la mesa.

TENSIÓN DINÁMICA

IGNORO qué hora es. La poca luz que consigue atravesar las hojas de periódico de la ventana, es algo tan inútil que en nada modifica esta apariencia opaca del cuarto, siempre igual a cualquier hora del día. Por lo visto, me quedé dormido después de almorzar, aunque no era ésa precisamente mi intención, y ahora me siento tan pesado que debo tener en la cabeza el ripio de un sueño de tres horas o más. Deben ser las cuatro, cuando menos.

En verdad, no me anima la idea de salir y, sin embargo, creo que no tendré otro remedio. Claro que si fueran las cinco sería diferente, pues a esa hora se puede caminar por la plaza, andar por ahí; las mujeres con delantales blancos (ni feas ni bonitas; mujeres nada más) pasean los cochecitos; no hay ruido, casi; la gente no molesta.

Si no hay otro remedio, saldré.

Paseo un poco por el cuarto mientras se me aligera la cabeza y, como siempre, termino en la ventana mirando por la rotura que hay en el papel. (Hago siempre lo mismo, aunque sé que es inútil).

Este papel, ¿cómo habrá podido resistir aquí tanto tiempo? Las hojas están disecadas, casi transparentes a causa de la lluvia y el sol que han tenido que soportar durante meses, tal vez años; porque ¿cuánto tiempo hace de aquel rapto de Fangio? Por lo menos cuatro o cinco años y ahí está el

tipo todavía, rodeado de gente, medio borracho ya y comido por una mancha amarilla.

Nada del otro lado, como de costumbre: el blanco de la pared de enfrente y el sol, que a veces ni se diferencian. Es necesario pasar un rato para empezar a distinguir unos granitos negros y unas desigualdades que separan lo que es aire y pared. El agujero está en la hoja de un suplemento en colores del Spirit que no aparece ya en los diarios. Alguien debe haber metido ahí el dedo, quién sabe cuándo.

Ahora tengo que salir.

Cualquiera ha visto en las revistas uno de esos anuncios de Charles Atlas que son los mismos desde que uno era un muchacho: "puedo hacerle un cuerpo nuevo en quince días", la tensión dinámica y demás. Pues cuando tenía quince años (ahora ando en los veinte) yo hice el curso completo. Lo recuerdo ahora mientras camino por el pasillo con la camisa colgada a la espalda. Tengo unos buenos bíceps, aunque sinceramente no creo que se los deba al curso: siempre fui un tipo fuerte. Además, no recuerdo mucho de eso; quiero decir, de lo que era el curso y lo que uno tenía que hacer todos los días; en cambio, lo que se me viene a la cabeza, idéntica, es aquella terraza de ladrillos rotos donde crecía el monte, el barandal despedazado y los árboles enormes desparramados por todas partes, rompiendo las ventanas de la casa y echándose encima de los techos. Tengo hasta el olor del monte aquí mismo, tan vivo y tan completo que parece que pudiera tocarlo.

Qué casa enorme aquélla y qué extraño que la hubieran abandonado de esa manera cuando toda una familia hubiera podido darse la gran vida en ella. Sin embargo, ahí estaba, en lo alto de una colina de El Paraíso, sin sombra de lo que fueron los jardines, toda destrozada por dentro, sin puertas en las habitaciones ni muebles, las paredes acribilladas, como si la hubieran puesto así para hacer alguna película. El monte se la comía por todas partes, y desde la terraza se podía dominar

todo el barrio de quintas con jardines, quintas blancas, grandísimas, llenas de balcones, donde no se veía un alma. Ahí, en esa terraza, hacía los ejercicios en traje de baño.

No debe haber nadie en los cuartos ahora, todos cerrados. El último, junto a la escalera, sigue desalquilado.

Uno se acuerda de ciertas cosas, como lo de la terraza, no sé bien por qué; pero si se piensa en lo que debió haber pasado día por día, año por año y a cada momento, empieza por no entender por qué se hacen las cosas. Viéndolo bien, hace un momento me veía en la terraza (era un pensamiento no corriente, porque no venía de la cabeza únicamente como otros muchos, sino que me salía por la piel y estaba a un tris de convertirme en él, haciendo que la realidad de ahora fuera una cosa aparente y pasajera, una especie de engaño puesto aquí para otros y no para mí, y en cambio, esto que no es más que un calor, una especie de turbación secreta, pero que puede, de pronto, volverse visible porque tiene poder para hacerlo así, lo oculte o no lo use, contuviera toda la realidad posible), la tenía por dentro, la sentía y me sentía a mí mismo, aunque entonces tenía quince años y no sé qué cosas en la cabeza. Entonces, ¿cómo puedo estar aquí ahora y ser éste? De allá hasta aquí pasó una cantidad de años y miles de cosas de todas clases que no se pueden dividir en pedacitos y mirar cada uno por separado. Por eso se me ocurre que aquél sigue allá, en la terraza, y estará ahí siempre, mientras en cada pedacito que sigue hay otro haciendo algo eternamente, como ahora que voy bajando la escalera: es un cuadrito ya y no tiene remedio; aunque me devolviera ya estaría hecho y si regresara voluntariamente no sería para borrarlo, sino para hacer otro cuadro y en seguida otro, porque uno tiene que seguir y no puede pararse. Es curioso, pero nunca había pensado así con tanta claridad en estas cosas.

El patio está desierto, lo que me hace pensar que quizás no haya dormido tanto como lo pensé hace un momento. Apenas deben ser las tres y la mayoría de la gente estará rendida en

sus cuartos. Me da risa pensar que están haciendo unos cuadros grandes y vacíos donde nada más que ellos podrán ver cosas, si no es que las olvidan.

Después que terminaba los ejercicios, me ponía a jugar en la casa. Era formidable, mucho más si uno estaba solo (a veces íbamos en grupo a formar el bochinche), porque se podía inventar de todo ahí: peleas, emboscadas y enemigos que salían por todas partes. Acorralado en un salón, sin saber a quién atacar primero, el corazón me latía con tanta fuerza como si todo el caserón se sacudiera.

Después me veía en la calle, loco de sed, con un zumbido metido en la cabeza. Me parecía imposible que en el mundo nadie reparara en mí (imaginaba vagamente que había un lugar donde ciertas personas lo veían todo y a cada momento señalaban a alguien y éste sobresalía en seguida, brillaba y aparecía en todas partes rodeado y aclamado por miles de personitas corrientes), que no me convirtiera en un suceso como debía ser, pues estaba demasiado cargado, lleno hasta el tope, y me creía la cosa más caliente y más acelerada que existía. No sé cómo aquello se escapaba solo y todo en el mundo volvía a ser natural.

De veras, no hay mejor remedio para sacarnos esta arena que nos deja el sueño del mediodía en la sangre, que meter la cabeza en un buen chorro de agua. El chorro me golpea en la nuca, me taladra con su frescura divina, se me va por la espalda y el pecho; los bíceps se mojan y brillan con el sol. Pero ahora me he mojado demasiado y no sé cómo voy a secarme. Tontamente empiezo a hacer sombra, a agitarme y a tirar golpes, cubriéndome bien con la izquierda, cambiando de blanco, adelante, atrás, y lo dejo ya porque es inútil y además pueden verme. Casi me decido a usar una de esas sábanas colgadas así se arme el berrinche; pero si alguna de las viejas llega a asomarse y me... ¡coño! Elvira está asomada a su puerta; me ha estado mirando todo el tiempo (el aire que tiene es de estar ahí desde hace rato) y de seguro que habrá

adivinado mis intenciones. Será mejor que me ponga la camisa o me seque antes con ella...

—Oye.

Es conmigo. La miro y ella mueve la cabeza llamándome.

Es la primera vez que esta mujer se ocupa de mí. Mientras me le acerco, comprendo que su actitud ahí, en la puerta, es estudiada: esa manera de recostarse en el filo del marco exponiendo todo el cuerpo... porque una mujer puede enseñar el cuerpo cuando quiere y hacer que uno se lo vea y lo sienta de lejos. Me ha empezado a arder la cabeza.

Entro y ella me ofrece un paño limpio. Hay ropa de hombre colgada en la pared: una chaqueta y dos pantalones de caqui manchados de barro amarillo; hay recortes y santos en cantidad, un espejo pequeño y una fotografía de ellos, demasiado serios y duros como esas parejas que aparecen en la prensa acusadas de cualquier cosa. Mi camisa está sobre la colcha. Ella detrás de mí, quizás muy cerca (o a lo mejor no tanto como me parece), mientras me estrujo el pelo mucho más de lo necesario. Casi me animo a ponerme un poco de Moroline del pote que está destapado en la mesita, casi lleno, con la marca fresca de un dedo encorvado que se llevó un buen gajo en la punta.

Hay una oscuridad tibia alrededor, porque ella debe haber cerrado la puerta.

Finalmente dejo el paño sobre la cama, y al volverme ella se ríe de mi pelo alborotado y a lo mejor de la cara que tengo: no hay un solo rasgo que no lo sienta enorme como si acabara de hincharme. Sin embargo, mi aspecto parece normal cuando me miro en el espejo. Ahora no sé qué va a pasar; no sé qué deba hacer cuando termine de peinarme. En realidad, éste es un cuadro extraño: estoy metido en él, y es como si estuviera suplantando a alguien, sin tener seguridad de lo que el otro haría en este caso.

Ella se ha sentado al borde de la cama, y ahora, mucho más que antes, su cuerpo está ahí como recién brotado debajo

del vestido. Nos miramos y ella me frunce la nariz y sonríe.

Fue demasiado rápido, en verdad. A veces pienso si es que no sirvo bien para esto: no sé aguantarme, me voy en seguida; pero ella parece estar agradecida: se arrodilla en la cama, me saca la cabeza de la almohada y me besa. Yo meto la cabeza en su vientre, cierro los ojos y todo se me borra. El mundo está lejos y apenas lo oigo sonar en mi cabeza con un ruido acariciante que adormece, parecido al reflejo que nos queda en la carne cuando ha desaparecido un dolor. Sé que todo se ha parado, nada sucede ahora y estará así hasta que yo vuelva.

La forma se mueve a mi lado y su peso desaparece por completo.

En un rincón del cuarto está ella otra vez, en cuclillas sobre una ponchera desconchada, lavándose.

—Vete —me dice con la voz apagada, pero sin sombra de molestia, sin apurarme.

Cuando salgo a la calle son las cinco. Pasan las mujeres con los cochecitos, no hay ruido. Daré una vuelta por ahí, porque uno tiene que seguir y no puede pararse.

CUENTO DE MUERTOS

EL PERSONAJE de este cuento morirá en la primera línea. Ahora está muerto.

En el camino al cementerio tiene lugar el episodio que referimos a continuación: dos caballeros de mediana edad se encuentran en el asiento trasero de uno de los automóviles que forman el cortejo fúnebre. Cada uno ha entrado por una puerta diferente, y cuando el auto arranca, el caballero de la izquierda, al hacer ademán de sacar el pañuelo, mira sin poderlo evitar a su vecino, y en un gesto mecánico, no exento de recelo, lo saluda mediante una inclinación de cabeza. El de la derecha mueve apenas los labios para decir "salud", a medida que el otro cumple el simulacro de sonarse las narices.

Silencio.

En los primeros cien metros, el de la izquierda ha cruzado la pierna con un esfuerzo subrayado por la larga vocal que expele al reclinarse en el asiento. Su casual compañero tiene las manos en las rodillas y teclea sobre ellas valiéndose de todos sus dedos.

—Bueno, aquí estamos —dice el del lado izquierdo, en el tono convencional de hablar consigo mismo. Lleva los ojos puestos en la ventanilla. Una mano achatada que descansa en el muslo, luce cargada de sortijas.

—Pobre Ricardo, ¿no? —empieza el otro.

—¿Quién?

—Ricardo, digo.

—Ah, sí, perdone. Lo que pasa es que yo no conocía al difunto por el nombre; quiero decir, no lo tenía presente.

—Pero yo me refiero a Ricardo, el hermano. Ahora él tendrá que hacerse cargo de los ocho hijos y quién sabe si de algunas deudas... pequeñas. Ramiro, con sus cincuenta años, era algo desordenado.

—¿Qué se va a hacer? Ya está muerto.

—Lo digo porque Ramiro era mi amigo, mi mejor amigo; éramos como hermanos. Ricardo también, claro está; pero no era lo mismo. Él, con su academia de comercio y otras cosas (él dirige una academia de comercio), vivió siempre muy aislado. Pero Ramiro era diferente, muy diferente para todos.

—Así será.

—Somos un grupo de amigos, todos casados; algunos se han apartado, otros quedamos y éramos como una hermandad. Si le digo que Ramiro es la primera baja que sufrimos en 30 años, no me lo va a creer. Apenas uno de nosotros tuvo una desgracia hace años: mató a su mujer (por puta, aquí entre nos). Son cosas de la vida. El de turno mira atentamente su reloj y una sombra pasa por sus ojos.

—Tengo una comida de gala esta noche. —Y se reanima—. ¿Entonces usted es como de la familia?

—Por supuesto.

—Es una comida para ochenta personas. —Vuelta al reloj—. Yo tengo las 5 y 15. ¿Me quiere decir si estoy bien?

—Son las 5 y 16.

La caravana se demora a causa del tránsito excesivo. Los dos caballeros guardan una fría compostura y el silencio que ha vuelto a aparecer entre ellos, parece no soportar más la necesidad de romperse.

—Este señor parecía una persona sana y fuerte, digo yo. ¿De qué fue?

—El corazón. Infarto. Venía saliendo de su cuarto, en bata, de lo más tranquilo, y le dice a su mujer: “María, ¿enchufaste

el calent... y allí mismo cayó derechito. Imagínese que lo recogieron muerto. ¿Usted desde cuándo lo conocía?

—Pero si le digo que antier no más y estaba de lo más tranquilo. Eso sí, la muchacha, la empleadita de la oficina, me dijo: “ese señor me dio impresión".

—¿Por qué?

—Porque tenía la cara como un muerto, como un...

Un mimo de garras y dientes completó la frase. El doliente no se molestó en reprimir una carcajada.

—Eso no tiene nada que ver, amigo. A Ramiro le dijimos “cara de muerto” toda su vida.

—Pues mire, la muchacha se impresionó de veras; cosas de mujeres, pensé yo.

—Recuerdo que en la escuela (éramos unos tripones) le gritábamos —adelgaza la voz— "cara 'e muerto, cara e muertico” y salíamos corriendo. Nos perseguía cuadras y cuadras, porque Ramiro fue, cómo le diré, un poco cascarrabias, siempre.

Calla y permanece lelo y sonreído, como si interiormente continuara manoseando su historia.

—Cuando Ramiro se casó, hace un montón de años, yo le dije: "hermano, ten cuidado; Teresa es una buena mujer". ¿Usted la vio?

—¿A quién?

—Pues a la viuda; nosotros éramos compadres ...

—No me fijé bien. Había varias señoras de luto cuando lo sacaban. En ese momento llegué yo.

—Pues no derramó una lágrima, pero se ocupó de todo hasta el último momento.

La carroza —era propiamente un cadillac funerario con el furgón hinchado de coronas— avanzaba delante, tan lenta que los muchachos podían encaramarse al parachoques y viajaban agarrados a las manijas de las portezuelas. Alguna moldura del féretro se entreveía por el cristal.

—Casi me parece mentira que vaya ahí, tendido.

—Verdaderamente, sí; y nosotros aquí, como si tal. Por cierto, ¿usted conoce esto?

Desdobló una enorme billetera y extrajo con las uñas una tarjeta.

—"Club Los Pingüinos”. ¿Esto qué es?

—Se lo pregunto.

—No sé.

—Me la dio él —y el índice apuntó a la carroza.

—¿Esto?

—Permítame, voy a guardarla por si acaso. No nos hemos presentado, pero a mí puede llamarme don Tito. Yo soy don Tito para todo el mundo: los empleados, la gente; uno se acostumbra con el tiempo.

—¿Y esa tarjeta se la dio Ramiro?

—Exacto.

—Me está pareciendo que no hablamos de la misma persona.

—Pues él me dio su dirección personal (yo le insistí en esto varias veces); hoy me presento y me encuentro con un entierro. Por lo que usted me ha dicho se trata de la misma persona —y repitió, aunque en un boceto rápido, el mimo de las garras y los dientes—. Pidió presupuesto para una fiesta de sesenta personas, treinta damas y treinta caballeros, y me dio esa tarjeta que le mostré. Como usted comprenderá, una agencia seria tiene que hacer sus averiguaciones. Yo tenía que cerciorarme si ese Club... —Siguió un silencio sordo.

—¡Pobre Teresa!

—¿Usted es casado?

Le contestó un grave balanceo de cabeza.

—Yo no. Don Tito es don Tito y siempre don Tito, y como uno se conoce, gracias a Dios, es mejor evitarse problemas. Claro que cada quien hace lo que le parece, ése es mi lema, pero yo vine únicamente para decirle que no contara conmigo: la agencia no podría hacerse cargo de ese trabajo.

—¿Y qué averiguó usted acerca de ese Club?

—Ayer estuve por allí y le digo: la ubicación no es mala y eso es importante. Es una quinta vieja en El Paraíso, toda rodeada por una pared de dos metros. Tenían un candado en la reja y el timbre, por lo visto, no funcionaba. Me asomé por un agujero y lo que vi en el patio fue a una sirvienta vieja tendiendo la ropa. Ya me iba a ir, cuando llegó a la reja un carro de alquiler y se bajaron dos mujeres: una extranjera de pelo amarillo y otra que traía unos paquetes. La catira abrió el candado y entraron. ¿Usted conoce el Club?

—Pues verá que no, ni de nombre. No tengo la menor idea.

—Pasan cosas raras en esta vida. Yo venía a hablar con su amigo; claro que no en su casa, iba a llamarlo aparte como se debe; además que me interesaba hablar con él de ciertas cosas. Entonces me encuentro con esto y me digo: ¿Qué me importa acompañarlo un rato? Espero que a usted no le moleste.

—En absoluto. Esa es cosa suya.

—Yo soy muy delicado en mis asuntos, ¿sabe? Especialmente con los clientes, empleo un don de observación especial. Siempre que trato con alguien lo estudio atentamente. —Lo miró de frente y dejó salir una risita breve—. En el negocio, como le dije, estuve hablando un rato con ese señor que en paz descanse y él me dijo que era el tesorero del Club. Le digo que es raro que yo no lo hubiera oído mencionar, pero así son las cosas. Le informé que, con respecto al negocio, le respondería en 24 horas. Cuando salió... dígame, ¿no cojeaba un poquito?

—Sí, del pie izquierdo. Poca cosa.

—Pues yo me fui hasta la puerta y lo vi subir a un carro de alquiler. Había tres mujeres detrás: una pelirroja y dos morenas a los lados. La pelirroja volteó un momento y la reconocí.

—¿Quién era?

—¿Usted conoce a una peruana llamada Cecilia?... Entonces ni hablar. ¡Hay que ver qué pequeño es el mundo!

De nuevo salió a relucir la billetera.

—Tenga, por si le interesa.

—¿Qué es esto?

—El Club Panamericano. —El tipo pareció aligerarse de golpe, toda su figura adquirió una nueva vivacidad, como si hubiera recuperado su elemento natural—. Es una sociedad civil, como dice la tarjeta. La dirección está ahí. ¿Que quiere usted echar una partidita de póker, quiere invitar a una señorita, quiere divertirse? Bueno... ésta es una cosa entre hombres, usted sabe.

—Pero... qué se necesita para...

No pudo terminar; un puchero le ablandó las facciones.

—Acérquese por allá, dese una vueltica nada más. Don Tito lo va a atender, ya verá... —y le dio unas palmaditas alegres en el muslo. Él se pasaba el pañuelo por los ojos.

—Yo creí que usted tenía una agencia de festejos.

—Pues sí. Mire allá adelante. ¿Ve ese anuncio que sobresale? Don Tito's. Licores y Festejos. Ahí estamos a su orden.

El de la derecha pudo ver por primera vez una recia dentadura orificada y un párpado gris azulado, que al bajarse en un guiño descubrió una mínima verruga.

—Vaya por allá, no le va a costar nada; tenga en cuenta que la vida es corta y que todos andamos el mismo camino.

Acababan de tomar la vía del Cementerio, una avenida estrecha plagada de ventorrillos y puestos de flores.

—Y ya que estamos aquí, déjeme darle mi sentido pésame. Yo aprovecho y me quedo de una vez en el negocio.

En ese momento, el chofer, que era un negrito desteñido de ojos vivísimos, salió de su inmovilidad y, volviendo la cara, desplegó una sonrisa brillante.

—¿Se queda, don Tito?

—Sí, gracias, muchacho; no te había reconocido. ¿Cómo te va en esto?

—Se vive, don Tito, se vive. —Habló con el acento de las islas. Su cara alargada despedía un destello de diablo feliz. Era

evidente que el doliente ya no podía contener las lágrimas.

En la ventanilla izquierda asomó por última vez la cara rozagante del gordo.

—Siempre a su orden, caballero. Lo espero por allá.

Un último guiño de ojos y el cortejo siguió su camino.

PERDER PIE

Para Nancy Rodríguez

DEBE HABER un momento, seguro, en que uno perdió pie o pisó en falso y desde ese momento rodó sin remedio, sin sujeción posible. Lo cierto es que nadie se dio cuenta del accidente, ni siquiera uno mismo. Tuvo que ser así, de golpe; pero el daño está hecho y ya no vale la pena sacudir la cabeza, estregarse los ojos para retornar al maldito equilibrio como hacemos, a veces, al salir de un sueño confuso. Rodamos desde entonces y todo está perdido, ¿no crees?

Hay demasiada gente de aquel lado, quieres un coco frío, el sol parece que no quema pero espera a ver mañana ¡aaah! El mar llega a la orilla con color de barro, nadas bien, te cansas, yo no aprenderé nunca.

—Pero tuvo que pasar en un momento dado, el instante en que pisaste en falso y resbalaste. Habría que ver en qué lugar de la memoria encontrar el punto exacto, el lugar y la hora del accidente, cuando todo empezó a ser diferente para ti y ya no te conformaste con las apariencias ni confiaste en ellas ni les diste crédito. Quieres ir más allá. Las cosas más comunes se convierten en signos de interrogación que buscar penetrar inútilmente. Después te das cuenta de que sólo vives para eso,

que no tienes otra ocupación.

Pensamos que la música es demasiado fuerte en el quiosco. ¿Te gustaría saber bailar esa música nueva? —hay demasiado ruido ahora—. Creemos que sí, que es mucho mejor que la otra; una forma de erotismo más libre, ¿verdad?, más personal. En todo caso, algo menos estrecho que aquel simulacro de coito vertical con movimientos alusivos de caderas y erecciones fortuitas —hablo demasiado, como de costumbre—. Estuvimos de acuerdo en que era por lo menos absurdo caminar por la playa —una chica morena y delgada— con un radio de transistores pegado a la oreja. Toda esta gente estará borracha a las cinco de la tarde.

—Es lo que pasa siempre; fíjate en esos muchachos (un grupo alegre, todos en mangas de camisa, bebiendo cerveza, un poco más que adolescentes, picados de barros); están ahí, hablan de cualquier tontería que los divierte, no parece preocuparles nada alrededor. En cambio yo, que estoy siempre a la caza aunque no sé de qué, los observo; hay algo inquietante, repentino, sin duda, en cada rasgo; quiero saber, colarme dentro de ellos o solamente espiar por alguna rendija. Entonces otra figura me distrae, una gordita de bikini blanco, un grupo familiar de gente humilde que rodea al heladero, los tres hombres maduros de la mesa vecina que no pierden ocasión de mirarte. Sé que busco una punta del hilo, lo he dicho otras veces: cualquier extremo suelto que se deje agarrar de sorpresa; tirar con cautela al principio y proseguir confiado, quizás hasta deshilvanar toda una historia. Sólo que no es tan fácil, cualquiera lo sabe: de mil intentos, uno, si acaso. Tal vez entonces la aventura esté en la propia búsqueda.

Dices que te agrada este paisaje, mucho más que el de las montañas. Son sabanas ásperas vecinas al mar, campos de tierra seca tapados por una vegetación de un verde crudo y evidente. De pronto llegan ráfagas de aire salado y algún hedor lejano y visceral. Recordaste tu infancia libre en un pueblo de pescadores, cuando te dejaban suelta desde la mañana en el mar y vagabas en un flotador entre las barcas de la orilla. (Puedes echar el asiento hacia atrás y descansar un poco; anoche no dormiste). Alguna marea oscura te empujó lejos y ahora estás ahí, tendida boca abajo en tu cama, con los cabellos en desorden, aferrada a la almohada sin dormir. (Con frecuencia te escapas, o despiertas más bien, mirando a los lados con cierto asombro, desconcertada de no hallar el sol sobre tu piel y los ojos ardidos y el horizonte inmóvil roído por la luz, sino paredes y gestos extraños, sin comprender).

—Me gustaría escribir un cuento sobre esto: el hombre trata de localizar en la memoria ese momento de que me hablas, la situación de la caída, el punto preciso de la trama en que la fractura se produjo. Va hacia atrás; apenas vislumbra una posibilidad de hallazgo, la rechaza con desaliento o simplemente se le escapa (son figuras volátiles), la pierde de vista. De pronto, aquello adquiere para él una enorme importancia; debe encontrar esa grieta, la señal evidente que al dejarse tropezar se le revele definitivamente. Entonces todo quedará aclarado, vendrá la calma.

Respiras, parece que durmieras en el asiento y que descansaras en paz, reclinada sobre ti misma, sobre tu propia vida, como en un gran ruido acallado. No hay nada que buscar, es una tontería. El momento es éste. ¡Mi pie resbala en un borde imprevisto! Ni ahora ni nunca habrá de dónde sujetarme: me preparo a rodar.

PERSONAJE I

MAURICIO —apenas lo vi de cerca una sola vez— tenía la mirada de otra persona: me hacía pensar en un enano nervioso que se asomaba a cada instante por sus cuencas. Fue eso lo que se me ocurrió al verlo; en realidad, toda su figura era como una cáscara: su pelo engomado, la cara redonda soldada a los hombros, el flux negro de paño grueso. Una cáscara dura que debía esconder algo. El caso es que sus ojos, de un negro brillante casi transparente, pequeños y llenos de líquido, apenas se correspondían con un cuerpo macizo, negro y sin retoques, siempre a punto de parecer contrahecho. Uno podía pensar que si se levantaba de su silla de suela le iba a brotar una joroba o que sus piernas, torcidas y débiles, reducirían su estatura al tamaño mismo del sillón. Sus manos pequeñas y fuertes poseían cierta solapada movilidad, una irreal ligereza que se ponía de manifiesto en cuanto manipulaba los naipes y las cajas de colores. Entre tanto, sus ojos saltaban de un punto a otro, giraban en sus órbitas o lanzaban rápidos dardos sobre los innumerables objetos menudos que poblaban la mesa.

El día en que me decidí a entrar, noté que las emanaciones del zaguán me impresionaban. No estaba allí el olor frecuente que sale de las casas y anticipa la pobreza del interior, la descomposición o el deterioro de las cosas o la edad de la gente que las usa, el luto o la desesperanza o quizás la prosperidad y el brillo saludable y fresco de los tapizados y las cortinas de colores tenues y esa especie de rumor de lencería recién lavada y otras cosas que ocupan tanto espacio en el aire

que llegan a aproximarse al oído casi en forma de un susurro suave. Del zaguán de Mauricio se escapaba una emanación vieja y estreñida que venía del interior de las paredes: el olor que se siente en las frazadas y los trajes usados; y luego ese día nublado del interior, las poltronas desiguales del recibo y unas litografías ferrosas de perros cazadores. (Una foto iluminada del matrimonio de Mauricio; las dos figuras rígidas con aspecto de cadáveres maquillados; imágenes de antepasados, de parientes fallecidos al borde de una felicidad mustia y resignada a su propia fatalidad, como si en el reino que los esperara, el tiempo hubiera cumplido de antemano su misión: la luz ya había huido de las cosas, el polvo y la polilla, las telas desteñidas, los instintos apagados en la costumbre).

—Adelante —dijo una voz que al momento me pareció indescriptible. Había salido por la puerta entrejunta de la sala y era posible que la habitación misma la hubiera producido.

Antes nadie había respondido a mi llamada, de modo que empujé la hoja del anteportón y probé en seguida la humedad de los ladrillos, sin duda una humedad antigua que los había puesto blandos y afelpados. Oí un ruido de trastos en la cocina y luego una carrera y el cacareo alocado de una gallina. Después salió la voz.

Aquellas manos gruesas de Mauricio manejaban el mazo de cartas como si fuese un fuelle, tan flexible y rápido que era casi todo de aire. "Corte, baraje usted mismo, escoja una carta, memorícela”. Los ojos ensartaron de través una figurita de madera negra. "Esta es su carta". "Cierto”. Después, un as de copas salió de mi bolsillo.

Recuerdo que cuando pasé entre las hojas de la puerta y caminé derecho hacia la mesa donde me aguardaba Mauricio, iba como atraído por una ilusoria perspectiva cuyo punto más distante estaba en la mitad de su entrecejo. Tratando de explicar mi presencia, le dije que había sentido interés por conocerlo desde que lo había visto por el postigo de la ventana que daba a la calle, trabajando con sus aparatos,

especialmente aquella caja blanca con grandes candados y atravesada de espadas y puñales. Desde entonces me asomé varias veces sin que él lo advirtiera. Usted perdonará mi atrevimiento, estuve tocando sin que me oyeran. ¿Cómo supo que había entrado? Siéntese tranquilo, yo lo estaba esperando.

—¿Tiene una moneda cualquiera?... ¡Aurelia!... ¿Me escuchas? (Esa voz megafónica que se escucha en el centro de la pista). ¿Puedes decirme de qué valor es la moneda que acaba de entregarme el caballero?... ¿Es de plata o de níquel esta moneda?

—De plata.

—Acertado. Aurelia, ¿de qué valor es esta moneda de plata?

—Es una moneda de dos bolívares.

—Acertado. Óyeme bien, Aurelia. ¿En qué fecha fue acuñada la moneda del caballero?

—Fue acuñada en 1926.

—Es correcto. Aurelia, dime qué edad tiene el caballero que me ha proporcionado la moneda.

De nuevo se escuchó la carrera —un golpeteo de pies desnudos— y el alboroto ahogado de la gallina.

—Aurelia, responde. La edad del caballero, por favor.

—El caballero tiene 18 años.

—Es verdad —dije maravillado.

Dimos una vuelta por la habitación.

—Esta caja representa para mí muchos años de trabajo para llevar a la perfección el acto supremo de la decapitación humana en el escenario: mi compañera ingresa a la caja a la vista del público, que, por medio de voluntarios y testigos autorizados, comprueba la integridad del artefacto. Ellos mismos aseguran los candados y las cadenas y proceden a clavar los cuchillos y las espadas en los lugares señalados. Esta ranura, que usted puede ver, está a la altura del cuello de mi ayudante; por ella introduzco el serrucho y trabajo hasta separar por completo esta parte de la caja, que muestro

debidamente al público con la cabeza de mi ayudante en el interior completamente visible y separada del tronco. Es un trabajo sumamente limpio. Colocada de nuevo en su sitio, los voluntarios retiran las espadas, los cuchillos y las cadenas y proceden a abrir la caja, pero la caja aparece totalmente vacía como todos podrán comprobarlo. Mi ayudante sale por el foro derecho y saluda al público.

En un mapa trazado por él mismo, tan lleno de protuberancias extrañas que parecía el de un país imaginario, me mostró el itinerario de su gira señalado con puntos y líneas rojas. Comenzando en los pequeños pueblos vecinos, continuaría por las ciudades más importantes del interior, hasta culminar en la capital, la cual aparecía señalada en el mapa por una gran estrella. La compañía iría creciendo rápidamente mediante los desconocidos que se le agregarían en los pueblos: volatineros y payasos, malabaristas, pulsadores y ventrílocuos, enanos y perros amaestrados.

—Somos muchos, aunque andemos dispersos y sin recursos. Mi maestro vivió pobre y desconocido en un pueblo y fue un gran mago de teatro y un gran inventor, un físico. Su espectáculo quedó sin montar y él murió en la indigencia. Nosotros haremos una gran *troupe* y recorreremos el mundo.

Su mujer apareció de improviso trayendo una bandeja con dos pequeñas tazas de café que dejó silenciosamente en la mesa. Su vestido, lacio y descosido; las piernas, nudosas, acordonadas por las várices. Algún rasgo, tal vez demasiado rebelde para disiparse, recordaba a la novia de la fotografía.

—¿Lo han ensayado?

—¿El acto? —Me pareció que se alejaba de la conversación; estaba distraído como si escuchara algún rumor lejano, regresivo y tortuoso que lo adormeciera.

—No, nunca, no sería posible. Mi compañera, mi ayudante, usted pudo verla, es una pobre mujer. Está enferma y acabada. Ella nunca se enfrentaría a un público, es demasiado tímida. De noche, aquí mismo, lo preparo todo

para la prueba, y ella sentada allá afuera, en el recibo. Le salgo con mi traje de mandarín y el maquillaje, todo listo... y ella se echa a llorar. Llora de una manera tan dolorosa, que ni siquiera me atrevo a decirle nada. Vuelvo aquí y espero inútilmente. Como usted ve, ella no es una gran dama; yo lo sé.

Clavó los ojos en una caja china con arabescos y relieves. Se estuvo callado un momento, sin expresión.

—Es tan tímida que parece una niña.

PERSONAJE II

HACÍA tiempo que había perdido todo interés en escuchar las notas embrolladas del organito. Empezaban a sonar por la tarde, a eso de las cinco, hora en que la Madama le entraba de frente a su primer frasco de caña blanca. Dos horas después, en los días de semana, bajaba yo a la calle para ir a la imprenta a ocuparme de mis galeradas y a la mitad del foso, en lo más agudo de aquella fetidez mohosa desprendida de las paredes, la veía aparecer en el codo de la escalera. (Mis sonrisas anticipadas de los primeros días, el ademán de saludo que iba a quedarse amedrentado a mitad de camino, privando de destino a aquella mano levantada que serviría acaso para estrujarme tontamente la nariz o sacudir un polvo imaginario en la solapa, dejaron de tener lugar en cuanto me convencí de que la Madama no iba a reconocerme y que ni siquiera me dedicaría una mirada). Era ya un gran montón de trapos inflados de fatiga y vapores de alcohol. El pelo rizado, de un tono rubio desvaído (una cabellera y una boca menuda, encapullada, y unos ojos vidriados y redondos que la aproximaban a un doloroso parecido con las beldades del *couplet),* se le venía a la cara formando crespos rígidos, que subían y bajaban a los impulsos de una ascensión deliberadamente agotadora. Tal vez hubiera podido ahorrarse la mitad de aquel esfuerzo, pero ella se obstinaba en demostrar una especie de furor penitente, trepando con celeridad frenética, más aparente que efectiva dado el escaso

número de peldaños ganados entre bufidos y palabras truncas e incomprensibles, aunque llenas de furia.

(Yo había tomado posesión de aquella escalera, en la que me divertía practicar el juego del ciego, una de mis manías gratuitas. Era una manera de confiarme a las delicias del tacto y establecer por esa vía una relación personal con los objetos. Durante la acción, mis ojos continuaban abiertos, aunque en cierta forma paralizados; entre tanto, el poder de absorción de mi mente era alimentado a través de la mano y por allí se propagaba a todos los conductos de la percepción y el conocimiento; era un juego liviano —aunque a veces podía volverse terriblemente enmarañado—, que ponía en actividad mis más secretas reservas de memoria. Un roce cualquiera era capaz de despertar, sólo por una vez, sensaciones insospechadas, regresiones insólitas en el olfato o en los genitales. Golpes de miedo o de tristeza eran sentimientos diluidos que escapaban de sus celdas y repetían, por unos instantes, sus viejos cometidos. En la escalera, el juego tenía la ventaja de extenderse a un territorio inmenso, cuyos relieves y lastimaduras eran recorridos por las puntas de mis dedos. A la altura de los primeros peldaños, una pequeña zona virulenta y húmeda, escamosa un poco más abajo, el paso de una grieta, trozos fríos y resbaladizos, un hoyuelo tierno donde cabía la yema del dedo... mientras la memoria devolvía el tacto de otras superficies, que a su vez traían adheridos lugares y gentes, voces y emanaciones diferentes).

Con una mano se agarraba del muslo para impulsarse, la otra apretaba el frasco de relevo envuelto en un papel de estraza. A mi regreso, poco después de media noche, al pasar cerca de su puerta, la sentía moverse y tropezar entre los muebles como una ciega atarantada. La oía toda, de manera que los sonidos llegaban a formar en mi cabeza una imagen perfectamente delineada: el roce de los trapos, la voz quebrada que tosía o cantaba o ensartaba mitades de palabras, interjecciones salidas de la maraña del cerebro que no

volverían a escucharse otra vez... y el frote de sus sandalias sobre el trozo de alfombra y el sonido doble y aspirado de sus narices en forma de una eñe acatarrada.

El organito ya había parado de sonar.

Lo escuché por primera vez cuando vine a alquilar el cuarto hace unos meses. Las notas rodaban por el aire acidulado del callejón que ya empezaba a ensombrecerse y pensé en unas bolitas livianas que se perseguían sin llegar a alinearse, tropezaban y se amontonaban, corrían de nuevo dando tumbos y apenas conseguían mantener el hilo de la melodía, que era, al parecer, un pasodoble viejo y desmadejado. Prometí perfeccionar esta imagen, podarla de la mitad de las palabras y utilizarla a la primera oportunidad. Todo el callejón era en verdad un buen escenario de novela; tenía lo que me agradaba poner en palabras; palabras con sabor, con tacto, con emanaciones y asperezas.

Era un gran trozo del decorado viejo de la ciudad salvado del desbande general. (Sé que un día acabarán por derribar, moler y arrojar bien lejos, convertido en polvo y cascajos, lo poco que todavía permanece en pie de una albañilería marchita. Una ciudad habrá muerto y otra ocupará su lugar. Sus habitantes irán de un sitio a otro como en una trampa descomunal sin sosiego posible. El recuerdo, despojado de ese elemento, será humo de memoria). Los grandes edificios de la avenida, cuyo jadeo se volvía imperceptible a la mitad del estrecho canal, mostraban sólo sus espaldas lisas y blancas, detrás de un amontonamiento impenetrable de chatarra urbana; ladrillos desnudos, yacijas de madera y platabandas sin frisar con tendederos y despojos de muebles.

Mi caserón de cuatro pisos parecía estar allí para demostrar, por medio de una caligrafía minuciosa, lo que muchos años de intemperie son capaces de producir en una capa de pintura al óleo. Tenía hileras de balcones, con las barriguitas salientes como palcos de teatro, y destacaba de las otras edificaciones, todas de una sola planta, casas de tejado y

cuerpo ático, de una misma edad. Mi cuarto, en el tercer piso, era de verdad inmenso, aunque nada sombrío En las paredes no hubiera podido poner nada de mi parte: me entregaban una escritura heterogénea, llena de borrones y tachaduras, como si hubiesen vuelto muchas veces sobre ella hasta hacerla ilegible. Fue un desencanto encontrarme la puerta que daba al balcón condenada a punta de listones y clavos.

La Madama era otra persona en las mañanas. Se recorría el edificio entero, regando su olor a tintura de árnica, cacareando, riendo sin parar. Me llamaba "mijit" por mijito, y me hablaba de su hijo, un muchacho gordo y grosero que con frecuencia me adelantaba en la escalera, hediendo a sol y expeliendo un canto horrible a base de trompetillas. No puedo asegurar que le entendiera, pero su charla no era en modo alguno fastidiosa: por el contrario, me divertía escucharla, me hacía reír, me comunicaba un ánimo ligero y festivo. Pero si es que algo entendía en el momento, lo olvidaba todo apenas ella desaparecía de mi vista. Lo que mi memoria era capaz de reproducir después se reducía a un sonido confuso, indescifrable, pues ella debía expresarse en una lengua única, comunicable sólo en el momento de producirse, irrepetible, imposible de memorizar; era una sola pasta de gestos y sonidos, mezclada con sus ojitos rojos y parpadeantes, su cara hinchada de donde casi desaparecían los rasgos, sus trapos y su olor a árnica.

Su cuarto parecía mucho más pequeño que el mío, a causa de la multitud de objetos que lo cubrían: el moblaje completo de una casa comprimido entre aquellas cuatro paredes; completo, digo, si se le miraba en conjunto; pero en detalles descalabrado y maltrecho. El aire era denso, difícil de respirar al principio.

Toqué la manija del organito, aunque no me atreví a moverla. La Madama estaba de espaldas a mí, colocando la loza en un aparador. Tocaba cada pieza con primor entre las yemas de los dedos, la hacía dar vueltas, soplaba en las

molduras para quitar un polvo inexistente y la devolvía a su lugar. El artefacto, aquel molinillo de música, no tenía gran cosa que ver: era un cajón oscuro, sin mayores resaltes, sostenido por unas paticas labradas. Unos dibujos dorados luchaban por sobrevivir ahogados en la niebla que se hundía en la madera. La Madama no se daba punto de reposo cambiando de sitio floreros y figuras de pasta.

Hoy, como dije, la música del organito ha dejado de enternecerme. Estoy tratando de escribir un cuento con la Madama de personaje principal. Siento moverse en mi cabeza todo el asunto, percibo la textura de la pasta, el calor de esa masa con vida que palpita allí dentro y presiona con deseos de salir y, sin embargo, me resisto al intento. ¿Cómo empezar?... Diez años antes, su entrada a la casona seguida por una *troupe* fantástica como los personajes desterrados de una comedia de época: aquel mobiliario anacrónico que a duras penas pudo encontrar alojo en la habitación. La Madama en plena florescencia, madura y perfumada, posible todavía de reconstruir a partir de sus manos, que se conservaban rosadas y frescas. O salir de dentro de ella misma, aquí, ahora, en el momento en que abre los ojos en medio de sus ruinas; la fiebre de las mañanas que la lanza a una vertiginosa correría por todos los habitáculos del caserón, sin parar de hablar y de reír. El paso de las horas, que al término del día deben traerle algún momento de tregua antes de la caída quizás el tránsito por alguna comarca apacible que la hace languidecer en medio de recuerdos tímidos, cosas vagas e insípidas, escenas que apenas sobrepasan el blanco como el color de las viñetas viejas. La música de organito. Ha empezado a sonar ahora. Abandono el papel donde aún no he acabado una línea. Quizás me venga bien un pequeño paseo. Salgo, paso frente a su puerta, me detengo un trecho más allá, regreso y llamo, llamo por dos veces sin recibir respuesta. Abro, sólo lo suficiente para asomar la cara y al instante las bolitas de música me rebasan y salen trotando hacia el pasillo. La Madama aparece

sentada en uno de sus sillones floreados, hundida en él más bien, las piernas extendidas y abiertas, el vestido sobre las rodillas, la barba encajada en la hinchazón del pecho. Un brazo que cuelga indolente la pone en contacto con el organito. Sin moverse, alza los ojos hacia mí y hace una contracción rabiosa como si quisiera escupirme.

—¡Sucio, vete de aquí, puegco!

Me siento descubierto y humillado, perseguido por una sensación de torpe vergüenza, como si una mano en la nuca me empujara escaleras abajo. Jamás he debido asomarme. Casi a saltos, vengo a dar a la acera. Salgo al aire fresco del atardecer y apenas he caminado una cuadra, siento que a mi alrededor todo es armonioso y distante. La casa, el callejón se hallan lejos, inmovilizados en un aire inviolable para ojos extraños. En este momento, la Madama es una figura de paja, un trasto relegado a un rincón entre otros muchos que puedo mover, colocar, disponer a mi antojo. Creo que mañana me decida finalmente a escribir.

PERSONAJE III

DOSITEO, el pulpero, tenía las orejas abiertas porque había sido niña hasta después de grande.

Más allá de las armaduras con sus fosos de telaraña y latas renegridas; en algún lugar de la casa, que era como un apero rejudo, todo tieso y crujiente, había un cuarto con baúles y sillas desfondadas donde estarían colgados sus camisones de crehuela, secos y comidos de hormigas.

Se oían las voces cavernosas de los viejos, metidos en aquel olor picoso de pacas de tabaco y baba de chimó. Al frente se veían las cruces de granito y los ángeles blancos de una marmolería. Todo era negocio de muerto. Más allá vendían coronas y las mujeres de la esquina estaban de luto.

Uno iba a propósito a la pulpería por descubrirle el bulto en la bragueta, y no le veía nada entre las arrugas del pantalón de loneta de ningún color.

Decían que la rajadura de las nalgas le empezaba debajo del ombligo.

¡TRAN!

EL PUÑO fue a estrellarse en mitad de los ojos. Un metro noventa de cabellos ondeados y cobrizos, de ojos de mierda de loro y nariz triturada con la huella de un viejo porrazo en el vómer, herencia de una colisión heroica durante un encuentro de rugby, de dientecitos amarillos laqueados por la nicotina, de cuello almidonado y corbata condecorada con una perla; de hombreras acolchadas recolectoras de caspa dorada, de pluma fuente de oro con las iniciales C. W., de cinturón de piel y hebilla de plata con una corona real, de Omega Seamaster Calendario y diamante en el dedo, de largas uñas pulidas sometidas por la manicura a un lento trabajo de jardinería, del tierno abultamiento de la billetera y llavero con figurita fálica del Perú; de calcetines *after six* de caña extra larga y zapatos de hocico puntiagudo acariciados por el betún con ligera sombra de polvo en las suelas; y lo que venía adentro agitado ya por tres vasos de *whisky and soda:* todo lo que aquella tarde golpeó con un retumbo recio de masa bien nutrida en el entablado del piso: caminatas parlantes en los *green* y el estallido de las luces de bengala alumbrando arbustos esqueléticos en la colina calcinada de aquel mal año de Corea que acabó en tres semanas de hospital en Florida: veintidós días de sol y de revistas sexy en las terrazas de barandales blancos y enfermeras solícitas de cabellos rizados que sonríen y cambian los almohadones y toman la

temperatura; todo ello tras la pérdida de algunas esquirlas del fémur y un tajo de esa buena carne de los veinticinco años, jugosa y besuqueada por las empleaditas fáciles que van de 7 a 9 a las casas de citas; y las reuniones de junta directiva y *petit comité,* precedidas de chistes conyugales y memorias de partidas de póker. 140.000 horas acumuladas de aire acondicionado y los aperitivos de 45 minutos en el club, bromeando con los buenos muchachos del servicio, sumados a la cuenta del gimnasio, del masajista chino, de los aeropuertos y las cabinas de primera clase Caracas-Nueva York en cuatro martinis y *steak* a la pimienta, y la columna de los otros martinis y de las cenas encargadas al "Héctor" para el apartamento de soltero; la afición olvidada por la pesca de altura, por el trencito eléctrico que estuvo a punto de envolver la casa como una parásita, por el auto de carrera rojo sangre estrellado un 24 de diciembre, por la numismática, por los rompecabezas de mil piezas, y el hombre despertó con un susto tremendo, como si todo aquello le hubiera caído encima de repente.

Escondió el puño entre las piernas y pensó que había sido un sueño. Se abandonó un momento a esa bondadosa inconsciencia, y su mujer, sentada al otro extremo de la cama, lo vio sonreír.

El golpe en los nudillos, el impacto de carne magullada y de huesos lo sacudió de nuevo y sus ojos se abrieron de verdad a un día vivo y aturdidor que acentuaba la presencia del cuarto, flotando ahora en el murmullo ensordecedor de quince pisos. Su mujer ya no estaba a los pies de la cama.

El contabilista de la Importadora Warren y Cía., de 48 años y 15 de servicio en la compañía, hombre de hábitos rutinarios y fama de soplón de la empresa, estuvo un momento sentado al borde de la cama, en calzoncillos, con los brazos hundidos entre las piernas, la cabeza caída llena de ruidos sordos, sus pies desnudos en el frío del cemento. Uno reposaba de canto, mostrando sus arrugas blancas en la

depresión del empeine. Parecía que no iba a pasar nada nunca más; sin embargo, el dedo gordo de ese pie que estaba de canto y sobre el cual mantenía fija la mirada, se animó de pronto e hizo dos rápidas flexiones que fueron como una señal de pánico. Una algarabía le subió a la cabeza: eran voces humanas, ruidos y visiones confusas, mezcladas en la estridencia general. La masa era en verdad indescifrable, aunque venía envuelta en una banda rotulada: *lo que me sucedió es espantoso*... y pensó después: *y no tiene remedio,* ahora que miraba desde la ventana, ocho pisos abajo, la plazoleta de tierra apisonada donde los muchachos jugaban pelota.

Un autobús medio vacío subía con dificultad la pendiente de asfalto. Nada se movía en el contorno (se repiten los bloques escalonados con cuadritos pintados como manteles) hasta que la cosa empezó a ponerse buena allá abajo: hubo un flay alto por tercera, un roletazo formidable y ya empezó a gritar y a ligar la carrera, imitando los gestos de un jockey alzado en el estribo, sacudiendo las riendas en los puños con un hábil movimiento de hombros y la bola se va elevando, se va elevando, se va elevando (¡corre, carajito!), se la lleva en una atrapada fantástica y es *aaaaaaaut* en tercera el corredor. ¡Una cerveza, hermano, un tercio bien helado! Las tribunas son un solo grito.

Se desinfla la carrera del muchacho detrás de la pelota que rueda fuera del campo.

El sol le daña las pupilas.

Ella lloraba todavía en la cocina.

—Te trajeron anoche cayéndote. Me dijeron que le habías dado una trompada al musiú.

Y él caminaba por el recibo en bata de baño, dejándose

llevar sin ganas por el ruido de sus zapatos viejos.

“Es que lo tenía medido”…, pero no se lo dijo, claro, aunque lo tenía medido desde hacía tiempo.

Lo veía venir por el pasillo con sus zancadas bruscas que parecían ir pisoteando cosas ajenas y él, que venía en dirección contraria, se paraba, dejaba las carpetas en el piso y lo medía cuadrándose de piernas abiertas y enfocándolo en el entrecejo. El hombre rubio arremetía sin ver nada, mucho menos esa figura imaginaria que lo esperaba en mitad del pasillo, y cuando le pasaba por un lado gruñéndole una especie de saludo mecánico, ¡tran!, el puño se estrellaba en la mitad del entrecejo y así cada vez que se le presentaba la oportunidad.

—Y en la fiesta de la oficina por dios tú que ibas todos los años a un señor así tienes que saber por qué aunque estuvieras tan borracho tú no puedes tomar.

¿Qué vas a hacer ahora?

—No supe lo que hice.

¿Qué vamos a hacer?

—Tienes que saber cómo fue.

—Yo había tomado mucho. (Ella le trajo un vaso con sal de frutas; lloraba todavía). Fue el asunto de los mil bolívares que estaba por pedírselos desde hacía tiempo. No sé cómo se me ocurrió, pero él estaba hablando con otros en aquel alboroto y yo llegué y le dije: señor Warren, présteme mil bolívares; no le dije para qué ni nada: présteme mil bolívares, nada más, y seguí con la cosa como una manía: présteme mil bolívares y lo jalé por el brazo; mañana, mañana, él es un hombre muy decente, yo sé que no se me hubiera negado en otra oportunidad, como se debe. Eso sí, lo recuerdo bien: él se volteó riéndose, y me dijo, así, muy tranquilo: no sea tonto, pues, vaya a divertirse y ¡tran!

Y él no había calculado aquel derrumbe, aquella precipitación desencadenada que difundió el pavor que los paralizó a todos como el primer minuto de un cataclismo,

antes de caer en masa sobre él y dominarlo sin ningún esfuerzo, porque ya se había vaciado del todo y no sentía y se lo llevaron afuera como si lo cargaran de vuelta al infierno.

ÍNDICE

El viaje... 6
Difuntos y volátiles................................ 8
Ancianas..10
Vuelos y colisiones................................. 13
El impostor y su víctima........................ 16
Estar solo.. 20
El peatón melancólico........................... 25
Impresiones de viaje............................. 34
Malas costumbres.................................. 38
Ensayo de vuelo.................................... 43
La Diablesa de Armiño......................... 48
Cuentas viejas....................................... 56
Alusiones domésticas........................... 62
¡Nixon no!... 66
Sábado por la noche............................. 71
Tensión dinámica.................................. 83
Cuento de muertos............................... 89
Perder pie.. 96
Personaje I... 99
Personaje II... 104
Personaje III.. 110
¡Tran!.. 111

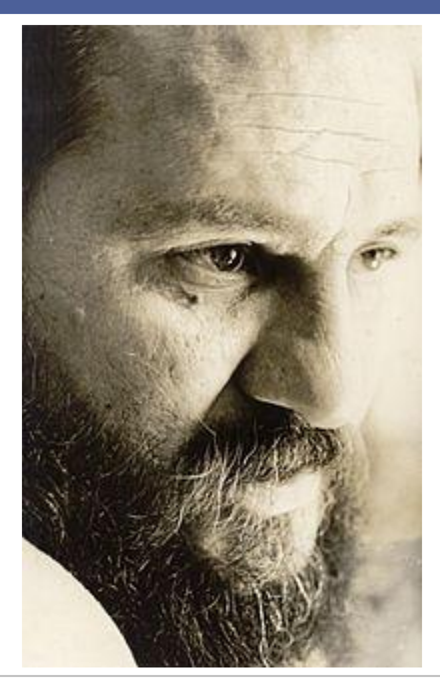
DIFUNTOS, EXTRAÑOS Y VOLATILES

SALVADOR GARMENDIA

En el breve lapso de una década, con sólo cinco títulos en su haber —**Los Pequeños Seres** (1959), **Los Habitantes** (1961), **Día de Ceniza** (1963-64), **Doble Fondo** (1966) y **La Mala Vida** (1969)—, Salvador Garmendia (n. 1928) se ha convertido en el primer narrador venezolano de su generación y en uno de los más representativos de toda Hispanoamérica. Integrado por veintidós relatos cortos, el presente volumen es —gracias a la riqueza de sus perspectivas, sobre todo por su índole miscelánea— culminación y clave de su obra anterior, a la vez que representa el primer logro cabal de un reciente proceso de acendramiento y plenitud de sus dones expresivos. Funámbulos, trágicos o grotescos, estos **difuntos, extraños y volátiles** son emblemas de los ascensos y descensos de la afectividad, engendros de obsesiones, propósitos, deseos y recuerdos, prodigios de exploraciones oníricas o imaginarias, a veces contorsiones del humor negro. De extraordinarias aptitudes para la estricta consagración documental del espectáculo cotidiano, Garmendia suele deliberadamente acentuar la tensión poética de su escritura, enrarecer la atmósfera, concentrar su registro visionario, macerar las palabras —"palabras con sabor, con tacto, con emanaciones y asperezas"—, exasperar el gesto y el pormenor, o abandonarse a esa "despedazada sintaxis urbana que (se ha) acostumbrado a leer sin desconcierto", hasta transfigurar los hechos, personajes y situaciones de sus relatos, hasta volverlos simbólicos, absurdos casi irreales.

EDITORIAL TIEMPO NUEVO. S. A.

Salvador Garmendia

Salvador Garmendia	
	
Nacimiento	11 de junio de 1928 Barquisimeto, Venezuela
Defunción	13 de mayo de 2001 (72 años) Caracas, Venezuela
Ocupación	novelista, cuentista, articulista, guionista
Nacionalidad	venezolano
Firma	

Salvador Garmendia Graterón (Barquisimeto, 11 de junio de 1928 - Caracas, 13 de mayo de 2001) fue un escritor venezolano. Narrador, periodista, guionista de radio y televisión y diplomático. En 1973 obtuvo el Premio Nacional de Literatura; en 1989, el *Juan Rulfo* (México) y en 1992, el *Dos océanos* (Francia). En 2003 fue creada en Caracas la fundación que lleva su nombre. Estuvo casado dos veces, uniones de las cuales resultaron siete hijos.

Índice

- 1 Biografía
  - 1.1 Primeros años (1928-1948)
  - 1.2 Primeras obras, Sardio y El techo de la ballena (1949-1969)
  - 1.3 Consolidación (1970-1979)
  - 1.4 Memorias de Altagracia (1974)
  - 1.5 Madurez literaria y fallecimiento (1980-2001)
- 2 Bibliografía
  - 2.1 Libros infantiles
  - 2.2 Obra póstuma
- 3 Referencias

Biografía

Primeros años (1928-1948)

Salvador Garmendia nace el 11 de junio de 1928 en la ciudad de Barquisimeto, hijo de Dolores Graterón y Ezequiel Garmendia. En 1934 comienza sus primeros estudios en una escuela dirigida por las hermanas García Sorondo. Por razones económicas no pudo continuar sus estudios y se vio aprendiendo por sí solo; además, un evento que contribuyó a esto fue que contrajo tuberculosis en 1940, lo que lo obligó a permanecer en cama por tres años. Durante este tiempo Salvador se dedicó a la lectura y así comenzó su sólida base literaria.[1]

En 1946 Publica su primera novela, *El parque*, editada por Casta J. Riera. A su vez, en esta misma fecha, escribe el prólogo de *Cantos iniciales*, libro de poemas de su amigo Rafael Cadenas. A la edad de veinte, se une al Partido Comunista de Venezuela y publica la revista *Tiempo literario*, en su ciudad natal, junto a Alberto Anzola, Elio Mujica, Carmen Luisa de Sequera e Isbelia Sequera. Sus inicios como escritor se plasman igualmente en periódicos locales y el diario El Nacional. Para 1948 toma por residencia la ciudad de Caracas.

Primeras obras, Sardio y El techo de la ballena (1949-1969)

Al año siguiente Salvador obtiene su título como locutor, oficio al cual se dedica hasta 1967. En este período hace adaptaciones para la radio de obras famosas, como Crimen y castigo, que realiza junto a Lolita Lázaro en Radio Tropical. En 1958 integra el grupo literario Sardio, el cual edita una revista del mismo nombre como manifestación de libertad política, y escribe la radionovela titulada *Marcela Campos, la guerrillera de los Llanos*, que entrelíneas informaba a los oyentes sobre lo que estaba ocurriendo en la política, en la vida social, económica y con la actividad guerrillera de la Venezuela de aquella época. Para 1959 Publica su

segunda novela, *Los pequeños seres*, en la editorial Sardio. Con ella gana el Premio Municipal de Prosa.

Durante los años sesenta trabaja en el Departamento de Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela; forma parte del Comité de Redacción de la revista Papeles del Ateneo de Caracas y se traslada a Mérida como encargado de las publicaciones de la Universidad de Los Andes. Cabe destacar que en 1961 se desintegra el grupo Sardio y Garmendia junto a otros integrantes del grupo, fundan El Techo de la Ballena. En estos años publicará las novelas: *Los habitantes* (1961), *Días de ceniza* (1963) y *La mala vida* (1968). Así como su primer libro de cuentos: *Doble fondo* (1965) y la monografía: *La novela en Venezuela* (1967). A mediados de la década se edita *Los pequeños seres* en Montevideo y La Habana, además de *Doble fondo* en la ciudad de Buenos Aires.

Consolidación (1970-1979)

El volumen de relatos *Difuntos, extraños y volátiles* aparecerá en 1970. El inicio de la nueva década lo recibe escribiendo el guion para el cortometraje *Salvador Valero Corredor, un artista del común*, realizando también su locución. Salvador Garmendia participa como asesor de la *Biblioteca Popular El dorado* en Monte Ávila Editores y forma parte de la primera junta directiva del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. En 1972 publica el libro de cuentos *Los escondites*, obteniendo el Premio Nacional de Literatura y una beca para estudios y trabajo en Barcelona, España, otorgada por la Universidad de los Andes. En 1973 aparece su novela *Los pies de barro*, y prologa el libro de cuentos de Arturo Uslar Pietri: *Moscas, árboles y hombres*. En 1974 publica *Memorias de Altagracia*, la que se convertirá en una de sus obras más importantes. En 1975 realiza para la televisión la adaptación de *Pobre negro*, de Rómulo Gallegos. Se desempeña como guionista del cortometraje *Los Chimbangueles* dirigido por Mauricio Walerstein.

Al año siguiente publica: *El Inquieto Anacobero* en el diario El Nacional. Por este cuento –que desató polémica por el uso de «malas palabras»– Salvador Garmendia fue objeto de una denuncia del Bloque de Prensa Venezolano ante el Juzgado Segundo de Primera Instancia en lo Penal, por el delito de ultraje al pudor público, lesionador de los principios morales de la sociedad venezolana. Entre 1976 y 1978 escribe el guion de la película *Fiebre*, adaptación de la novela de Miguel Otero Silva, dirigido por Juan Santana; el libreto de la telenovela *La hija de Juana Crespo*; la versión para cine de *Juan Topocho*, cuento de Rafael Zárraga, dirigido por César Bolívar, y para la televisión La piel de zapa, adaptación de la novela de Honoré de Balzac. A mediados de la década, colabora periódicamente con artículos humorísticos en la revista *El Sádico Ilustrado*.

Memorias de Altagracia (1974)

Durante su estadía en España, Salvador Garmendia presenta *Memorias de Altagracia*. Sobre su proceso creativo el autor comentaría: «Una vez en España encontré que esa zona que yo apenas había entrevisto y en la cual no me había atrevido a penetrar totalmente se me iluminaba de golpe, y me vi con los recursos y los instrumentos en la mano para acometerla enseguida en forma total». *Memorias de Altagracia* servirá de transición tanto en el estilo como en la temática de sus novelas y relatos. Recuerdos de su infancia, como aquel personaje del *Moncho Marinferínfero*, el cual habría conocido en su ciudad natal en 1936; así como la unión de relatos cortos para la formación de la novela. Sobre esta obra el investigador Alberto Márquez apunta:

> Memorias de Altagracia está construida como un mundo de pliegues concéntricos donde cada uno de los relatos, algunos completamente independientes, van descubriendo, revelando, los hechos más relevantes del narrador-protagonista. Todos ellos se encuentran hilvanados por la figura del narrador, por los personajes que se reiteran –tías y tíos, su primo Alí– y, sobre todo, por la omnipresencia de la ciudad Altagracia. Un mundo completamente circunscrito por los límites de la ciudad, pero abierto por esa otra dimensión, ese descosido en la tipografía del mundo que es la imaginación.[2]

En 1982 la novela fue incluida en Letras Hispánicas dentro del género de obras clásicas de la literatura española y latinoamericana.

Madurez literaria y fallecimiento (1980-2001)

En 1981 Salvador Garmendia publica el libro de relatos *El único lugar posible*. Para 1982 aparece la segunda edición de *La mala vida*, con notables correcciones. En el mismo año, el cuento de Garmendia *El peatón melancólico* es objeto de un cortometraje por Luis Salamanca. En 1983 escribe el guion cinematográfico para la película *La gata borracha*, dirigida por Román Chalbaud. En 1984 es nombrado Consejero Cultural en la Embajada de Venezuela en Madrid y recibe la Beca Guggenheim, la cual sirve de apoyo para la escritura de la novela *El capitán Kid*. Dos años después aparecen los libros de cuentos *Hace mal tiempo afuera* y *La casa del tiempo*.

En 1987 se traslada de Madrid a Barcelona, con similar cargo diplomático. También escribe el prólogo de la Obra poética de Vicente Gerbasi, para la edición de cultura del Instituto de Cooperación Iberoamericana. En 1988 presenta la novela *El capitán Kid* y escribe periódicamente para la agencia de noticias EFE; dos de estos artículos aparecen en la Antología grandes firmas. A su vez, prologa la antología del poeta venezolano José Antonio Ramos Sucre para la editorial *Siruela*. En 1989 regresa a Venezuela, escribiendo nuevamente para la televisión. En el último año de la década de los ochenta, gana el premio de Literatura

Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, en su Mención Cuento con el relato: *Tan desnuda como una piedra*.

Garmendia inicia la década de los noventa publicando un compendio de las crónicas aparecidas en la revista El Sádico Ilustrado. Esta compilación llevará el nombre de *Crónicas sádicas*; ilustrada con dibujos de Pedro León Zapata. Al año siguiente, Monte Ávila Editores publica *Cuentos cómicos*, también aparece el libro de relatos *La gata y la señora* y la antología de cuentos *Sobre la tierra calcinada*, preparada por Juan Gustavo Cobo Borda. En diciembre, es elegido Pregonero Mayor de la Navidad Caraqueña de 1991. En 1992 Gana el Premio *Dos Océanos* de Francia; es nombrado director de la revista Imagen Latinoamericana y escribe el guion del documental *Isaías Medina Angarita, soldado de la libertad*, dirigido por Carlos Oteyza. En este período Garmendia se caracteriza por la publicación de una serie de cuentos infantiles, entre estos destacan: *Galileo en su reino* (1994), *El cuento más viejo del mundo* (1997), *Un pingüino en Maracaibo*, *El sapo y los cocuyos* (ambos en 1998) y *El turpial que vivió dos veces* (2000).

En 1997 escribe los guiones de los documentales *El General López Contreras* y *La voz del corazón*, ambos dirigidos por Carlos Oteyza; además de esto, se desempeña como colaborador semanal en el diario El Nacional. Garmendia ya cuenta con más de siete décadas de vida para finales de los noventa. En 1998 publica el libro de relatos *La media espada de Amadís*. A partir de 1999 publica quincenalmente su columna *Ojo de Buey* en el Papel Literario del diario El Nacional. También en 1999, La Universidad del Zulia le confiere el Doctorado Honoris Causa y presenta junto a Carlos Oteyza, el documental *Caracas, crónica del siglo XX*.

A principios de 2001, ya gravemente enfermo, participó en la selección y presentación de la colección Grandes Clásicos de la Literatura del diario El Nacional. Salvador Garmendia murió en Caracas en el 12 de mayo de 2001 a causa de una afección pulmonar. Garmendia, con 72 años, luchó contra un cáncer de garganta, además de padecer diabetes desde 1997, lo que agravó su salud en las últimas semanas.

Bibliografía

- El parque (1946)
- Los pequeños seres (1958)
- Los habitantes (1961)
- Día de ceniza (1963)
- Doble fondo (1966)
- La novela en Venezuela (1966)
- La mala vida (1968)
- Difuntos, extraños y volátiles (1970)
- Los escondites (1972)
- Los pies de barro (1972)

- Memorias de Altagracia (1974)
- El inquieto Anacobero y otros cuentos (1976)
- El brujo hípico y otros relatos (1979)
- Enmiendas y atropellos (1979)
- El único lugar posible (1981)
- Hace mal tiempo afuera (1986)
- La casa del tiempo (1986)
- El capitán Kid (1988)
- Cuentos cómicos (1991)
- La gata y la señora (1991)
- Crónicas Sádicas (1991)
- La vida buena (1994)
- La media espada de Amadís (1998)

Libros infantiles

- Galileo en su reino (1994)
- El cuento más viejo del mundo (1997)
- Un pingüino en Maracaibo (1998)
- El sapo y los cocuyos (1998)
- El turpial que vivió dos veces (2000)
- Mi familia de trapo (2002)
- La viuda que se quedó tiesa (2004)

Obra póstuma

- No es el espejo (2002)
- Anotaciones en cuaderno negro (2003)
- El regreso (2004)
- El gran miedo, Vida(s) y escritura(s) (2004)
- El inquieto Anacobero y otros relatos (2004)
- Entre tías y putas (2008)

Referencias

1. ↑ «Salvador Garmendia» Contemporary Photographers, 3rd ed. St. James Press, 1996. Reproduced in Biography Resource Center. Farmington Hills, Mich.: Thomson Gale. 2007. http://galenet.galegroup.com.library.sjeccd.org:80/servlet/BioRC"
2. ↑ Prólogo por Alberto Márquez. Memorias de Altagracia, Primera edición de Monte Ávila Editores. Monte Ávila Editores, 1991.

- Cronología de Salvador Garmendia para *El inquiento Anacobero y otros relatos* de Monte Ávila Editores, Caracas, 2004.
- Investigación sobre la vida y obra de Salvador Garmendia por Guillermo Ramos Flamerich.

- Salvador Garmendia en La Biblioteca - Analitica.com

Categorías:

- Nacidos en 1928
- Fallecidos en 2001
- Barquisimetanos
- Cuentistas de Venezuela
- Escritores de Venezuela
- Escritores en español del siglo XX
- Novelistas de Venezuela
- Guionistas de Venezuela
- Beca Guggenheim

Salvador Garmendia - Entrevista

Palabra mayor (1992)

http://www.youtube.com/watch?v=Vsrxq7meGSk

enlace de descarga:

http://www.mediafire.com/?uf73ilkc825nlaz

ABC Cultural

http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1986/08/30/035.html